

SELECTA



UNA TRIPOLITANA PREPARÁNDOSE PARA LA FUGA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Santiago de Chile, Febrero de 1912

Editores propietarios: Empresa Zig-Zag, Teatinos 666

Año III Número II

Precio: UN PESO

Hechos y Notas



En la época del mar azul, esta que comienza ahora. El veraneo nos arroja á las playas; todos los que pueden se dirigen á la costa, á esa dilatada costa de Chile. Es cosa verdaderamente extraña esta de que con tantísimas leguas en que nuestro territorio se encuentra bañado por el mar, en realidad no tengamos sino poquitas estaciones balnearias, sobre todo para zona central; fuera de Viña del Mar, Zapallar, Cartagena, San Vicente, no hay á donde ir, y todas esas son playas caras, que no se encuentran al alcance de las fortunas modestas. En Europa, llegado el verano, la gente se dirige á las pequeñas playas de pescadores en donde la vida es excesivamente barata, en donde no hay fiestas, ni lujo, ni diversiones; en donde la vida es verdadero descanso. Unos cuantos, los más afortunados, se encaminan á Biarritz ú otros puertos por el estilo, en donde se lleva existencia elegante y fastuosa; pero la mayoría solo busca descanso en lugares apartados y encuentra ese descanso que busca al alcance de todas las fortunas, aún de las más modestas.

En Chile es otra cosa, se marcha al veraneo para continuar la vida de ciudad, con mayores exigencias todavía. Nadie en Europa lleva sus carruajes á las estaciones balnearias; entre nosotros, todos acarrear sus victorias á Viña, y usan automóviles en donde no tienen lugar para correr, que es como si uno se bañara, en tina, provisto de salvavidas.

El carruaje sólo sirve en Viña para ir á la playa, que cabe en un dedal toda entera y que si nó le pusieran un letrero á la entrada, nadie sabría si aquello era playa y era mar, pues más bien parece decoración de teatro chico.

Pero se necesita llevar coche, pues de otra manera sería la familia mal mirada y no figuraría entre la gente de buen tono. Se hace, pues, un gasto absolutamente innecesario y que complica el régimen de vida, en homenaje á la moda. Se vive al estilo de esta pobre tierra, en que todos son esclavos del parecer ajeno; en que se sacrifican á trueque de que nadie murmure. Aquí uno jamás vive para sí, vive para la opinión de unos cuantos ociosos, de cuatro murmuradores y de cinco pícaros. Si se le manda un ramo de flores á una dama, ó si un caballero se junta con ella tres veces en público y delante del mundo entero, ya se corre que le hace la corte y que trata de seducirla; cuando un hombre se acuesta con resfriado y se queda en cama dos días, si es comerciante, se dice que ha quebrado; si Cajero de Banco, se publica en los diarios que se ha fugado con la caja. Si algún caballero de respeto se dirige á la Casa de Providencia con cualquier objeto, sea para visitarla ó para encomendar alguna obra, luego se susurra que hay un drama oculto y que tiene allí un niño escondido. No hace mucho tiempo, se dijo que una gran dama de Santiago había perdido una niña al nacer y que la habían sustituido con otra extraña; la especie, absurda y ridícula como era, corrió por nuestra sociedad entera y fué comentada, recibiendo la noticia con grandes espavientos de los bribones que quisieran que todo el mundo fuera con ellos. Hace años se habló de que un Ministro de Estado que falleció repentinamente, había muerto en duelo, con otro personaje de campanillas, por motivos graves y secretos; la fábula fué creída por multitud de necios, de aquellos que sirven de biombo á los pícaros.

De esta manera, todos, cual más cual menos, viven esclavos del que dirán, es decir de la opinión de la masa anónima. Por eso se encaminan de preferencia á las playas caras y viven armados de carruajes que en muchos casos no tienen con que pagar, ó bien lo hacen mediante gravísimo sacrificio. Es así como se van preparando, más que de prisa, las catástrofes económicas, generalmente conocidas con el nombre de crisis.

Pocos son los que van á las playas á ver el mar, el hermoso y dilatado mar azul de nuestra costa que por lo bello en nada cede á la tan famosa del Mediterráneo. Entre nosotros, poco existe el sentimiento de la naturaleza, el amor al mar por el cual surca á lo lejos la vela de un navío ó se percibe el humo lejano de algún vapor que se esfuma suavemente en el cielo, en el hermoso cielo por el cual pasan volando bandadas de gaviotas. Las rocas de nuestra costa son admirables y la mayoría de los chilenos todavía no las conocen. Es menester dirigirse á Constitución para ver en sus dilatadas playas la Piedra de las Ventanas, la de las Gaviotas ó la de la Iglesia que parece un admirable templo á través del cual se cruzaran y chocasen las olas del mar con ímpetu rudo, arrojando nubes de espuma blanca. Recuerdo haber contemplado las puestas del sol en aquellos parajes, en compañía del poeta argentino Calixto Oyuela, sentados ambos sobre las rocas, sintiendo los rugidos del mar á nuestros pies... A lo largo de la costa se deshacían las olas en copos blancos de espuma, dibujando las sinuosidades de sus líneas; el sol se hundía lentamente, como una hostia que manara sangre; el cielo pasaba del tono anaranjado al violáceo, en transformaciones pasmosas de ensueño, y luego se cubría de un manto muy tenue de luz de plata, semejante á un velo que encubriese palacios encantados.

Allí todas las almas encuentran alimentos; á los veinte años los amores entonan sus himnos, se cantan los eternos himnos. En la mitad de la vida es la hora de los recuerdos y las meditaciones graves.

Oyuela—que es un gran poeta—admiraba esas puestas de sol como sólo un poeta sabe hacerlo.

—Ustedes tienen en Chile algo admirable y único, me decía. Estas rocas, en otro país, serían la maravilla y el encanto de todos; vendrían á verlas de lejos, en peregrinación santa, como la de los musulmanes á la tumba de Mahoma.

Recuerdo que yo callaba, tristemente conmovido al pensar que en aquel tan apartado rincón nos encontrábamos solos. Eran bien pocos los que comprendían la belleza grandiosa de semejante espectáculo.

Todo Chile está lleno de bellezas; nos basta con dirigernos al sur para ver las maravillas de Corral, con su ensenada misteriosa de los tiempos de la conquista, cubierta de bosques verdes como en los tiempos en que los españoles fundaban sus primeros pueblos y establecían esos fuertes que todavía nos aparecen con sus almenas, sus torreones, sus muros aspillerados, de color gris, recubiertos de musgos y líquenes tal como estuvieron en el siglo XVII. Más allá la isla de Mancera se levanta con su templo de rruído y la poesía de los siglos que la entona en su velo de recuerdos—los helechos crecen sobre sus ruinas olvidadas.

Me dicen que gran parte de la belleza de aquellos parajes ha desaparecido destruída por el hacha que tala inútil-

mente los bosques, y por el fuego. En Europa los Gobiernos cuidan las bellezas naturales, que constituyen por sí solas una parte considerable del haber del país, y hasta se forman sociedades para defenderlas; entre nosotros se las abandona lamentablemente. Bien pudiéramos conservarlas para que los extranjeros tuvieran otra cosa que admirar entre nosotros, á más de la comuna autónoma.

Más al sur viene la región de los lagos, en Llanquihue; es la tierra virgen, tan admirablemente descrita por Iris en su hermoso libro. Allí tenemos la naturaleza primitiva y salvaje en todo su esplendor de bosques y de vegetación exuberante, más hermosa aún que la Suiza, con paisajes más variados y salvajes, más grandiosa, más nueva. Tenemos una Suiza americana y nunca nos damos el trabajo de ir á verla, y gastamos nuestros pesos—cuando los tenemos—en ir á la otra que está más lejos y es menos bella; nos parecemos á esos indios que cambiaban su oro y sus brillantes á los conquistadores por cuentas de vidrio.

Es verdad que en Europa se dá todo género de facilidades á los viajeros, con rebajas especiales de tarifas en las vías férreas y en los vapores. Entre nosotros podría hacerse igual cosa mediante arreglos con las compañías y acuerdos del Estado. El conocimiento del país es la base del desarrollo económico; muchas de nuestras riquezas permanecen inexploradas porque las ignoramos, porque jamás nos dignamos recorrer nuestro propio territorio. Tenemos mayor conocimiento del Africa y del Asia, al través de los libros, que de nuestra hermosa tierra. Es lo curioso que nuestros capitales se dirigen de preferencia al extranjero, en busca de minas, que á las regiones del sur del país en donde tenemos riquezas positivas que permanecen ignoradas.

Los obreros franceses tienen una excelente costumbre que se llama "faire le tour de France", dar la vuelta ó recorrer la Francia. Generalmente viajan por su país á pie, con un hato de ropa al hombro, durmiendo en las aldeas que topan en su camino, ó bien al pie de un árbol en donde les coge la noche.

Muchos de nuestros jóvenes hallarían trabajo abundante en la vida práctica, en la industria maderera ó agrícola del sur si se hubieran dado la pena de recorrer el territorio; mientras tanto, por falta de iniciativa y de conocimiento, vejetan miserablemente en empleos administrativos, recargando el Presupuesto con empleos ó puestos especialmente creados para darles sueldo.

El arte, la industria, el comercio, sólo se desarrollan en contacto con la vida, por el conocimiento del medio en que la naturaleza nos ha colocado; no se alimentan sólo de libros y de estudios. Ese conocimiento práctico nos hace falta, para entrar en las realidades, y para hacernos hombres. Los Gobiernos deberían fomentar en los colegios el sistema de excursiones tan popular en Europa y, principalmente en Suiza; llegado el verano, los alumnos parten en viajes de estudio, al través del país, con grandes reducciones en el precio de los pasajes de ferrocarriles y de hoteles. Van acompañados de sus maestros que les vigilan y les enseñan. Esa es la verdadera enseñanza objetiva, la que deja mayor provecho y recuerdos más duraderos.

Sólo se ama verdaderamente lo que se conoce.

De "esta copia feliz del Edén", sólo conocen los jóvenes la viruela y las basuras de Santiago; es preciso que vean algo más, sobre todo cuando se posee una tan admirable naturaleza, territorio tan fértil, rocas y bosques bellísimos.

LUIS ORREGO LUCO.



EL MONOLOGO

F. BRUNERY

LA PRIMER REMESA

"EX OVO OMNIA"



CUANDO te alejaste de Bretaña con tu legión, mi querido Crassus, te prometí escribirte, de tiempo en tiempo, toda vez que se presentara la oportunidad de que saliese un mensajero para Roma, enviándote informes de cualquier cosa interesante que ocurriera en este país. Por lo que á mí respecta, me alegro mucho de haber quedado aquí cuando se fueron las tropas y tantos compatriotas nuestros, porque, aunque al vida es ruda, y el clima infernal, debido á los tres viajes que he realizado al Báltico en busca de ámbar y los precios excelentes que, por él he conseguido aquí, pronto me encontraré en situación de retirarme, para pasar la vejez á la sombra de mi propia higuera y hasta formar una quinta en Baia ó en Pozzuoli, donde me sea dado tomar baños de sol después de las continuas nieblas de esta isla endiablada. Ya me imagino en mi pequeña granja, leyendo las Geórgicas como preparativo; pero cuando oigo caer la lluvia y bramar el viento, reconozco que la Italia está muy lejos.

En mi carta anterior, te daba cuenta de cómo iban los asuntos en esta tierra. Las pobres gentes que habían abandonado todas las prácticas militares durante los siglos que las hemos protegido, se encuentran ahora completamente indefensas en presencia de estos Pictos y Escoceses, bárbaros tatuados del norte que recorren todo el país, y hacen cuanto se les da la santísima gana. Mientras se mantuvieron en el norte, las gentes del sur, que son las más numerosas, y también las más civilizadas de las británicas, no se preocuparon de ellos; pero ahora esos bribones han llegado hasta Londres, y los indolentes de esta porción del país han tenido que despertar. Vortigern, el rey, para nada sirve sino para ocuparse de beber y de las mujeres, así es que ha enviado al Báltico llamando á algunos de los germanos del norte, con la esperanza de que venga á prestarle ayuda. Malo es tener un oso en tu casa, pero se me ocurre que la situación no se mejora si le agregas una bandada de lobos feroces. Sin embargo, á falta de mejor recurso, se hizo la invitación, que fué aceptada en el acto. Y ahora es que se presenta en escena tu humilde amigo. En el transcurso de mis viajes en busca de ámbar, aprendí el idioma sajón, y por esto fuí enviado á toda prisa á la costa de Kent para que me encontrara allí cuando llegasen nuestros nuevos aliados. Llegué el mismo día en que se avistó el primer barco, y deseo ponerte al corriente de lo que me pasó.

Para mí es perfectamente claro que el desembarque de estos guerreros germanos en Inglaterra llegará á ser un acontecimiento de importancia histórica, así es que tu espíritu curioso no se ha de fastidiar si me ocupo del asunto con cierta prolijidad.

Era, pues, el primer día de Mercurio después de la Bendita Ascensión de Nuestro Señor, cuando me encontré en la ribera sur del río Támesis, en el punto en que se abre formando un amplio estuario. Hay allí una isla llamada Thanet, que era el sitio elegido para el desembarque de nuestros visitantes. La verdad es que no bien llegué, se

presentaba un gran barco rojo, al parecer el primero de tres que entraba á toda vela. El caballo blanco, que es la enseña de estos piratas, colgaba del tope del palo mayor, y la nave parecía llena de gente. Brillaba intensamente el sol, y el gran barco escarlata, con velamen blanco de nieve, y una fila de escudos lustrosos suspendidos de su flanco, presentaba un cuadro, sobre aquella extensión azul, digno de verse.

En el acto avancé en un bote, porque se había dispuesto que ninguno de los sajones desembarcara hasta que viera el rey á hablar con sus jefes. Un momento después me encontraba al costado del buque, el cual tenía un dragón dorado en la proa y una fila de remos á cada lado. Al dirigir la vista hacia arriba vi una serie de cabezas con yelmo que me miraban, y entre ellas distinguí con gran sorpresa y placer, la de Eric el Moreno, con quien todos los años realizo negocios en Venta. Me saludó cordialmente cuando subí á la cubierta, y en el acto se convirtió en mi guía, amigo y consejero. Tal circunstancia me sirvió de grande ayuda entre estos bárbaros, porque está en su naturaleza el ser muy fríos y reservados á no ser que uno de los suyos responda por el recién venido, después de lo cual son muy cordiales y hospitalarios. Por más que se empeñen, sin embargo, encuentran duro el tener que evitar cierto aire de condescendencia, y, entre los de clase más baja, de disgusto, cuando se ven obligados á tratar con un extranjero.

Fué una gran suerte el encontrar á Eric, porque pude darme algunas ideas respecto del estado de los asuntos antes de ser presentado á Kenna, comandante de aquel barco. La tripulación, según me dijo, se componía enteramente de tres tribus ó familias—las de Kenna, de Lanc y de Hasta. Cada una de estas tribus forma su nombre agregando las letras "ing" al nombre del jefe, así es que la gente de á bordo, según se denominaba, estaba constituida por los Kennings, los Lancings y los Hastings. Había observado en el Báltico que los nombres de las aldeas eran los de las familias que las habitaban exclusivamente, así es que no abrigó duda de que, si estos individuos desembarcan veremos agrupaciones con nombres como éstos surgir entre los pueblos británicos.

Los hombres, en su mayor parte, eran tipos vigorosos, de cabello rubio, rojo ó castaño, predominando éste. Con gran sorpresa, ví entre ellos algunas mujeres. Respondiendo á una pregunta mía, me dijo Eric que siempre llevan á sus mujeres lo más lejos que pueden, y que en vez de ser para ellos un estorbo como lo serían nuestras damas romanas, encontraban en ellas ayuda y consejo.

Claro está que luego me vino á la memoria que nuestro excelente y verídico Tácito ha hecho notar este rasgo característico de los germanos. En las tribus, todas las leyes se fundan en el voto, el que todavía no se ha conseguido á las mujeres, pero muchos se muestran favorables en tal sentido, y se piensa que el hombre y la mujer pronto tendrán el mismo poder en el Estado, aunque muchas de las mismas mujeres se oponen á semejante innovación.

Hice notar á Eric que era una suerte que hubiese varias mujeres á bordo, como que así se harían compañía; pero

contestó que las mujeres de los jefes no mostraban ningún deseo de tener relaciones con las de los oficiales inferiores, y que tanto unas como otras desdénaban á las mujeres más comunes, así es que toda idea de compañerismo estaba fuera de lugar. Al hablarme, señalaba á Editha, esposa de Kenna, mujer de cara roja, vejancóna, que se paseaba entre las demás, con la barba levantada, fijándose en ellas lo mismo que si no existieran.

Mientras conversaba con mi amigo Eric, estalló en la cubierta un altercado repentino, y un número considerable de hombres abandonó sus trabajos y se amontonó en el sitio, con caras que ponían de manifiesto el profundo interés que despertaba en ellos el asunto. Eric y yo nos metimos entre ellos, porque me sentía ansioso por ver lo más que pudiera de los actos y costumbres de estos bárbaros. Había estallado una querrela respecto de un niño, un chicuelo de ojos azules y pelo rubio rizado, que parecía divertirse en grande con la batahola cuya cause era él. A su lado se encontraba un viejo de barba blanca, de aspecto muy majestuoso, significando por sus gestos que reclamaba al chicuelo como cosa propia, mientras que, en el opuesto, estaba un individuo delgado, serio, ansioso, que protestaba enérgicamente que se lo habían quitado á él. Eric me comunicó al oído que el viejo era el Gran Sacerdote de la tribu, sacrificador oficial á su gran dios Odín, mientras que el otro era un hombre que tenía opiniones muy diversas, no respecto de Odín sino de las formas en que deseaba ser adorado. La mayoría de la tripulación opinaba como el viejo; pero cierto número que deseaba tener más libertad en su culto, é inventar sus propias oraciones en vez de estar repitiendo siempre las oficiales, se inclinaba al otro más joven. La discordia era demasiado profunda, demasiado vieja para ser curada entre los adultos; pero todos tenían grandes deseos de imponer á los niños sus opiniones privadas. Tal era el motivo por el que, estos dos, estaban tan furiosos el uno contra el otro, y la discusión había llegado á tal tono entre ambos, que los partidarios respectivos habían sacado á relucir sus cuchillos ("saxes", de donde se deriva su nombre de saxones ó sajones), cuando un hombre corpulento, pelirrojo, atropelló á la muchedumbre, y, con voz de trueno, dió fin á la contienda.

—Oídme bien, sacerdotes, que estáis acumulando argumentos sobre asuntos que nadie puede conocer, incomodáis más en este barco que todos los peligros de mar,—vociferó.—¿No os basta con adorar á Odín, respecto del cual estamos todos de acuerdo, y no hacer tanto barullo sobre nimiedades é insignificancias respecto de las cuales podemos diferir? Si vuelve á repetirse este alboroto sobre la educación de los niños, entonces os prohibiré á los dos que les enseñéis, y tendrán que contentarse con lo que sus madres puedan enseñarles.

Los dos maestros enojados se retiraron con cara de vinagre; y Kenna—porque era él quien había hablado—ordenó que se tocara un pito y que se reuniera la tripulación. Me agradó el observar la actitud libre de estas gentes, porque aunque se trataba de su jefe principal, no ofrecían señales de ese respeto exagerado que los soldados de una legión manifestarían á su Pretor, sino que se acercaban á él con respetuosa igualdad, lo que demostraba cuánta altura reconocían á su propia virilidad.

Desde nuestro punto de vista romano, sus observaciones

á su gente podrían parecer muy destituidas de elocuencia, porque carecían de adornos y de metáforas y sin embargo, eran cortas, enérgicas y oportunas. De cualquier modo, parecía seguro que se adaptaban á los oyentes. Comenzó por recordarles que habían abandonado su propio país porque allí ya estaba toda la tierra tomada, y que no tenían para qué regresar, desde que no había sitio alguno en que pudiesen habitar como hombres libres é independientes. La isla de Bretaña contenía una población muy raleada, y se presentaba la oportunidad de que cada uno de ellos pudiese constituir un hogar propio.

—Tú, Whitta—dijo, dirigiéndose á algunos de ellos por sus nombres—encontrarás un Whitting-ham (1), y á tí, Bucka, te veremos en Buckingham, donde tus hijos, y los hijos de tus hijos te bendecirán por los extensos campos que tu valor haya conquistado para ellos.

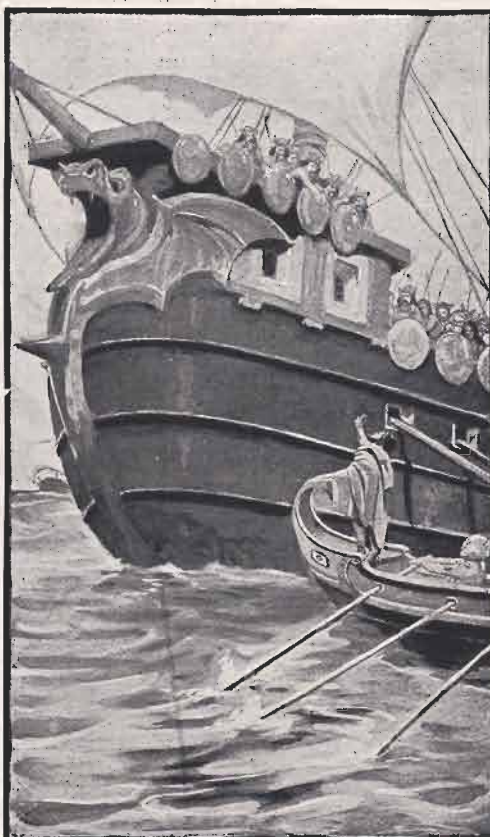
No había ni una palabra de gloria ó de honor en su discurso; pero dijo que estaba seguro de que cumplirían con su deber, al oír la cual todos golpearon sus escudos con las espadas, de modo que los británicos que estaban en la playa, podían oírlos resonar. En ese momento me distinguí, preguntándome si era el mensajero de Vortigern, y al responderle que sí, me indicó lo siguiera á su camarote, donde Lanc y Hasta, los otros jefes, esperaban para formar el consejo.

Imaginate ahora, mi querido Crassus, que me estás viendo, en un camarote de techo muy bajo, con estos gigantescos bárbaros sentados en torno mío. Vestían una especie de túnica de color azafrán, cubierta con cota de malla, y sus yelmos, con un cuerno de toro á cada lado, descansaban en la mesa que tenían al

frente. Como la mayoría de los jefes sajones, tenían la barba afeitada, pero usaban cabellera larga, y sus formidables bigotes claros se extendían hasta los hombros. Son suaves, lentos, y algo pesados en sus movimientos; pero puedo imaginarme que su furia ha de ser de lo más terrible cuando estalle.

Su espíritu parece ser de una naturaleza en extremo práctica y positiva, porque en el acto comenzaron á hacerme una serie de preguntas sobre el número de los británicos, los recursos de su reino, las condiciones de su comercio, y otras cosas por el estilo. Inmediatamente dieron principio á sus razonamientos sobre los informes que les había dado, y se absorbieron de tal modo en su propio debate, que me figuro que, en ciertos momentos, se olvidaron de mi presencia. Después de una minuciosa discusión, todo se decidió entre ellos por medio del voto, sometiéndose siempre el que estaba en minoría, aunque á veces de muy mala gana. Más aún, en cierta ocasión Lanc, el cual por lo común difería con los otros, amenazó con someter el punto al voto general de la tripulación. Había un conflicto constante en el modo de ver; porque mientras Kenna y Hasta se mostraban ansiosos por dar mayor amplitud al poder sajón, y hacerlo más grande á los ojos del mundo,

(1). Aquí no hay juego de palabras sino algo intraducible. Ese hogar, el hogar en Inglaterra, se llama "home", en alemán "heim", "hame". Como acaba de verse, el jefe de la familia da nombre á ésta agregando "ing". Si aquel se llama "Bucka", surge el apellido "Bucking", y el hogar que estos forman es "Buckingham". "Buckingham" y de aquí "Buckingham". La heráldica hará el resto. (Tr.).



Lanc opinaba que debían preocuparse menos de las conquistas y más del bienestar y adelanto de sus prosélitos. Al mismo tiempo me parecía que Lanc, en realidad, era el más peleador de los tres; con tanta mayor razón cuanto que, aún en tiempo de paz, no cedería en estas contiendas con sus propios hermanos. Parece que ninguno de los otros dos tenía mucho afecto por él, porque ambos estaban, como se podía observar fácilmente, orgullosos de su comando, y ansiosos por hacer uso de su autoridad, haciendo continuamente mención de aquellos nobles antepasados de los cuales la heredaran; mientras que Lanc, aunque igualmente bien nacido, tomaba, en todos los casos, el punto de vista de los hombres comunes, insistiendo en que los intereses de los más eran superiores á los privilegios de los menos. En una palabra, Crassus, si pudieras imaginarte un Grac dedicado al saqueo por una parte, y dos Patricios piratas por otra, te darías cuenta del efecto que me producían mis compañeros.

Hubo una particularidad en su conversación que me apaciguó mucho. Los quiero á estos británicos, con quienes he pasado un período tan largo de mi vida, y les deseo todo género de bienestar. Por eso me fué muy agradable el observar que estos hombres, en su conversación, insistieran en que todo el objeto de su visita era para el mayor bien de los insulares. Toda esperanza de ventajas para ellos fué relegada al último término. No estaba muy bien definida la correspondencia que existía entre estas declaraciones y el discurso en el cual Kenna había prometido cien cueros de tierra á cada uno de los hombres de su tripulación; pero, al llamarles la atención sobre ésto, los tres jefes se sorprendieron mucho, mostrándose ofendidos por mis sospechas, y explicaron de un modo muy plausible que, como los británicos los necesitaban para guardia, de ninguna manera podían servirlos mejor que estableciéndose en el país, encontrándose así siempre á mano para ayudarlos. Con el tiempo, dijeron, abrigaban la esperanza de disciplinar y educar de tal modo á los indígenas que podrían defenderse solos. Lanc habló con cierto grado de elocuencia respecto de la nobleza de la misión que habían emprendido, y los otros, en testimonio de aquiescencia, chocaron sus vasos de hidromel (sobre la mesa se hallaba un jarrón de esa desagradable bebida).

Observé también cuánto se interesaban, y qué serios é intolerantes eran estos bárbaros, en materia de religión. Del cristianismo no sabían nada, así es que, aunque teman conocimiento de que los británicos eran cristianos, carecían de la menor idea de lo que realmente era su credo. Pero, sin mayor exámen, partieron de la base de que su propio culto de Odín era el absolutamente verdadero, y que, por lo tanto, ese otro credo debía ser absolutamente falso. —“Esa vil religión”. —“Esta triste superstición”. —“Este lastimoso error”, eran frases con que aludían á él. En vez de manifestar compasión por cualquiera que hubiese sido falsamente informado respecto de tan grave asunto, sus sentimientos eran airados, y declararon con la mayor gravedad que no se darían descanso hasta dejar todo en regla, lo que decían extendiendo los dedos hasta la empuñadura de sus anchas espadas.

Y bien, mi querido Crassus,—supongo tendrás ya bastante de mí y de mis sajones. Te he presentado un reducido boceto de esta gente y de su modo de ser. Desde que di comienzo á esta carta, he visitado las otras dos naves que han entrado, y como encuentro en ellas los mismos rasgos característicos, no puedo abrigar duda de que son propios de la raza. Por lo demás, son valientes, sufridos, y muy pertinaces en todo lo que emprenden; mientras que los británicos, aunque muchos más fogosos, no tienen la misma gravedad en el intento, sugiriéndoles siempre su imaginación más viva nuevos y diversos rumbos, mientras que á sus pasiones más ardientes sucede la reacción. Cuando miré desde la cubierta del primer buque sajón y ví la ondulante, excitada muchedumbre de los británicos de la playa, y los comparé con estos hombres decididos y silenciosos que estaban junto á mí, me pareció, más que nunca, peligroso el llamar á semejantes aliados. Lo sentí de una manera tan viva, que me dirigí á Kenna, el cual miraba también en dirección de la playa.

—Seréis dueños de esta isla antes de haber terminado,—les dije.

Sus ojos chispeaban al mirar.—“Quizá”,—repuso; y luego reponiéndose súbitamente, y pensando que había dicho demasiado, agregó:

—Una ocupación temporaria, nada más.

ARTURO CONNA DOYLE.



LOS NIÑOS EN EL BOSQUE

W. R. SOYMONDS



SOROLLA

EMINENTE PINTOR ESPAÑOL

SE anuncia que este egregio colorista, el más vibrante de los pintores españoles, quiere recoger el aplauso de Sud América, después de su triunfo en París, Londres y

Nueva York. Como se sabe, Sorolla expuso en estas ciudades sus grandes y luminosos lienzos, y en todas ellas fué saludado como uno de los maestros de la pintura al aire libre, de las escenas de vida y de los pedazos de tierra y de mar bañados por el sol, rutilante de los cielos levantinos. Los lienzos de Sorolla son enceguecedores. La luz no cae en ésta ó en aquella dirección para separar armónicamente las masas de un paisaje, ni para mostrar determinada figura en un grupo humano: brota de todas partes, circula, se arrastra por el suelo, tiembla en los reflejos, desciende de lo azul, vibra en la atmósfera y se escurre por los relieves. Es el fluido animador de los contornos y enloquecedor de los colores.

¿Dónde se ha formado este vigoroso poeta del sol? ¿Qué elementos han contribuido á su formación artística?

Joaquín Sorolla nació en Valencia el 27 de Febrero de 1863. En la escuela, los libros le servían no para estudiar sino para ilustrar sus narraciones. A los quince años entró á la Acade-

mia provincial de Bellas Artes de San Carlos y al poco tiempo, protegido por el señor Juan García, mandó á la Exposición Nacional de Madrid, *El Dos de Mayo*, lienzo que obtuvo segunda medalla. Desde este día, Sorolla no ha conocido sino el triunfo.

Influenciado primeramente por Domingo, su maestro, y el de una generación entera de artistas valencianos, mandó también á la Exposición Nacional una *Monja en Oración* en que se muestra más como discípulo de Domingo que como artista personal, pues su lienzo es un reflejo de la *Santa Clara en éxtasis* célebre cuadro del pintor valenciano.

Su temperamento sólo empezó á revelarse en los lienzos en que estudiaba la vida, el movimiento y la luz naturales, como en su *Cabeza de estudio* obra de ejecución franca y segura, y con tendencias á la síntesis expresiva, en la que Sorolla conquistaría sus más frescos laureles.

De no menos importancia es, desde el punto de vista de la técnica, *El Dos de Mayo*, porque su factura demuestra que no fué pintado en el taller sino al aire libre. El artista reconstruyó el episodio heroico en los corrales de la Plaza de Toros de Valencia, y allí, á pleno sol, la traspasó al lienzo, completando con profunda maestría lo que



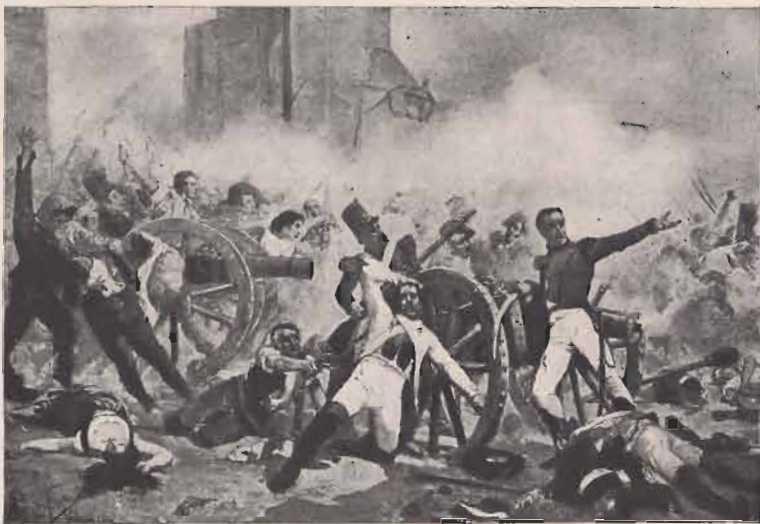
Miss Sipson



Rogativa en Burgos en el siglo XVI



¿Aún dicen que el pescado es caro?



Defensa del Parque de Artillería de Madrid el 2 de Mayo de 1808

la resurrección episódica no podía darle: el gesto verdadero, el humo de las descargas, etc. Desde este cuadro, Sorolla no ha pintado sino la realidad, tal como se muestra, sin desnaturalizarla sintetizándola, idealizándola ó doblegándola á tal ó cual significación, ajena á la verdad de sus colores y sus formas. Sin conocer, á los maestros de Barbizón, á Millet, á Rousseau, á Bely, practicaba sus doctrinas pictóricas, pues no quería animar sus lienzos sino con trozos de realidad vista y copiada en su belleza eterna.

Sin embargo, obligado por el medio, por las teorías sociales dominantes y por las exigencias del público, dedicó no pocos esfuerzos á obras de tan variada índole como *Otra Margarita*, *El Padre Iofré protegiendo á un loco*, *Trata de blancas* y *Triste herencia*. Después de este período, que llamaremos de transición, Sorolla pasó á Madrid donde, estudió copiando sus mejores obras, á Ribera y Velasquez.

A su vuelta de Italia, donde trabajó junto con Sala, Villegas y Pradilla, Sorolla pasó á París, deseoso de conocer los cuadros, entonces en la plenitud de su gloria, de los maestros naturalistas Menzel y Bastieu-Lepage. Sorolla los analizó, sintió que su temperamento era el mismo que el de esos enamorados de la realidad, y tornó á España creyendo llevar definida y clara, su orientación artística. Peor no fué así. La influencia de los naturalistas no llegó á ser intensa, no pudo serlo, porque impregnado Sorolla de arte clásico-religioso, no estaba en situación de apreciar en toda su belleza la obra regeneradora de Menzel y Bastieu-Lepage. Así, en su segundo viaje á Italia, pintó, seducido por el ambiente, *El entierro de Cristo* trabajo que motivó un escándalo en España.

Este cuadro, que sufrió más de una modificación simplificadora, lo empezó y terminó Sorolla al aire libre y á la hora precisa, á la caída del sol. Pero, á pesar de sus méritos, la crítica no lo aceptó, porque veía en él una desviación del verdadero temperamento del artista, una concesión á la escuela romántica, á los lienzos de tesis. Además, el dibujo carecía de firmeza y simplicidad, lo que, por otra parte, caracte-



Señorita María Luisa de Maldonado

rizaba á la pintura española de esa época. Las deficiencias de su dibujo las corrigió con su estancia en Asís, donde estudió las obras en que domina la línea en que la forma aparece dominada por el contorno modelador. Este aprendizaje, que más tarde olvidaría, le sirvió de disciplina artística, preparándolo para su labor futura en la que ha prescindido muchas veces del dibujo académico, pero no faltando á sus principios verdaderos. Durante los años que Sorolla vivió en Madrid, luchando con la vida, se ocupó casi exclusivamente de pintar escenas de la vida valenciana, impresiones deslumbradoras de luz y de color. Es curioso observar que fueron estas obras, creadas para satisfacer las diarias exigencias de la vida y no la de su temperamento, las que más han contribuido á la celebridad del maestro, y las que aún se citan como las mejores salidas de su paleta. ¿Hay en esto un error? ¿Las innumerables recompensas con que el artista fué agraciado en las exposiciones ex-

tranjeras de esos años no correspondieron á un mérito real? ¿Se dejaron impresionar los jurados más por la belleza exótica de las escenas, los trajes y las costumbres levantinas, que por el verdadero valor pictórico de los lienzos?

Posteriormente, Sorolla que se sentía ya con una visión propia, despertada por las obras de Menzel y Bastieu-Lepage, expuso algunos lienzos complejos, pues si técnicamente están tratados de acuerdo con las exigencias de la observación directa del natural, sus temas tienen un carácter muy diverso; tendenciosos y inmoralizadores no se adaptan á la interpretación naturalista, enemiga de lo rebuscado y de lo preconcebido. *Trata de blancas* y *Otra Margarita* pertenecen á ese serie de obras en las que, al través del convencionalismo temático, aparece en la luz y en el color la manera definitiva del artista, la copia de la realidad.

Poco después, en su gran tela, *La vuelta de la pesca*, el temperamento de Sorolla se manifestó por entero, sin discordancia entre el motivo y la factura, sin con-



La vuelta de la pesca

tradiciones técnicas, libre y vigoroso, como el de sus iniciadores en la interpretación realista de la naturaleza. Desde ese momento, sus temas serán, de preferencia, los ofrecidos por las escenas de la costa levantina, el paisaje vibrante de sol, las aguas relucientes de azul y de espumas, los cuerpos desnudos de los bañistas contrapuestos á la claridad de los horizontes, las grandes é hinchadas velas de las barcas pescadoras, temas que, sin ser originales en sí mismos, han servido al artista para patentizar la originalidad de su manera de ver, la nitidez de su pupila percibidora de las más sutiles delicadezas, diafaneidades y matices de la luz, de los colores y de las sombras. La originalidad de Sorolla está, pues, en su pureza visual y nó en la rareza de sus motivos pictóricos, tanto, que estos suele tratarlos con pequeñas variaciones, en diversos lienzos, como el de la barca que sale de la playa ó vuelve á ella, ó el de los muchachos desnudos que juegan á las orillas del mar.

Estas repeticiones no indican pobreza de inventiva sino el afán legítimo de dar cada vez más interesante, la visión de una armonía luminosa sorprendida en la naturaleza; es más bien un signo de la potencia interpretativa de su temperamento, de la amplitud de su sensibilidad que no se satisface con esta ó aquella expresión de sus vibraciones pictóricas, sino que va de una á otra buscando la definitiva, la que tenga la misma grandiosidad de la visión originaria. La mayor parte de los lienzos de Sorolla repiten escenas playeras, grandes velas blancas agitadas é hinchadas por el viento; aguas azules relampagueantes de sol; aires húmedos, salinos, trémulos por los reflejos de la luz, de las arenas, de las espumas:



S. M. la Reina doña Victoria



Familia segoviana



El P. Jofré protegiendo á un loco



Excmo. señora marquesa de Santillana

chiquillos desnudos, de piel tostada, envueltos por la claridad ribereña, cálida y chispeante. En todos ellos la realidad aparece sin compostura, sin agrupamientos ficticios, sin nada que perturbe su belleza, y la factura no va más allá de lo necesario para concordar la idea y la forma, para unificar la claridad de la visión con la claridad de la expresión.

Consagrado en España, Sorolla buscó el aplauso de París.

En 1895 mandó al Salón de los Campos Elíseos *La vuelta de la pesca*, por el que obtuvo una segunda medalla. Después, en 1897, envió *Cosiendo la tela*, que fué proclamado por la unanimidad de la crítica como una obra notable por la suma de dificultades pictóricas vencidas gallardamente.

Pero, como casi todos los atristas seducidos por el prestigio de un procedimiento, original, Sorolla no se detuvo en los límites propios de su arte sino que exagerando sus medios de expresión quiso internarse en el más allá de la pintura. En *La elaboración de la pasa*, en *Gávega* las figuras no sólo están modificadas en sus contornos por la luz, sino que ésta impregnándolas de sus vibraciones, las cambia, las esfuma, las transforma, haciéndolas dise-



Monja en oración



El beso de la reliquia

ñarse como un conjunto cromático sin líneas modeladoras. Ante estas figuras como ante las de sus lienzos posteriores, la pupila goza la sana alegría del color á plena luz, de las sinfonizaciones cromáticas avivadas por el sol. Es un placer exclusivamente visual, una sensación voluptuosa para los ojos sedientos de nuevas combinaciones luminosas, de nuevos equilibrios de claridades y de sombras.

Estas exageraciones han sido refrenadas. La técnica del artista, fuerte y precisa, no le ha permitido olvidarse de la estructura de las cosas al fundirlas en esplendores. Detenido por su propio saber el camino peligroso de las manchas impresionistas, Sorolla ha perfeccionado sus medios de expresión y fijado definitivamente su manera de ver la naturaleza.

Como retratista no es menos poderoso, aunque menos original que en sus otros cuadros. La figura no se presta para trenzar y destrenzar combinaciones de luz. Es preciso observar ante todo una absoluta fidelidad á los rasgos característicos de la persona; hay que respetar sus menores gestos, sus signos individualizadores. La luz tiene que seguir al relieve, humillarse ante la menor sombra expresiva, y esto no está de acuerdo con el modo de Sorolla que no observa los rasgos mínimos para sorprender su psicología sino que busca los vigorosos para interpretar su belleza.

Además, el retrato rehuye el aire libre, la luz plena, porque los reflejos lo desnaturalizarían; prefiere la media claridad del taller, el fondo sombrío de donde pueda adelan-

tarse haciendo valer hasta sus más vagos matices fisionómicos. Por esto Sorolla no ha triunfado en el retrato—á pesar de tener algunos muy buenos como el de Echegaray y Blasco Ibáñez—como en sus cuadros de temas valencianos en los que ha alcanzado su vigorosidad y luminosidad expresivas no superadas hasta ahora por ningún intérprete del sol, de la tierra y del mar.

—★♦★—

A UN ANILLO

Ultimos versos de la Duquesa de Rohan

En mi alcoba discreta donde todo reposa.
En el fondo del viejo palacio señorial,
Abro un antiguo estuche con mano temblorosa,
Y allí, junto á una perla con matices de rosa,
Te vuelvo á hallar ¡oh, amado dulce anillo nupcial!

La grabada leyenda que en su interior fulgura.
"Sin cesar", dice, y hoy tal como ayer se vé:
Ay! al mirarte anillo me agobias de ternura;
¡Oh, manos enlazadas, mirada ardiente y pura.
Conmoveror recuerdo de todo lo que fué!

Puesto sobre mis labios, mientras enjugo el llanto,
Aureo anillo querido te he de besar así;
De amante servidumbre fuiste símbolo santo,
Tesoro íntimo y casto de misterio y de encanto
No dejes más mi mano quédate siempre aquí.

Como brillaste entonces bajo la luna llena,
Oh, qué hermosa la luna de esa noche de Abril,
Aún escucho las voces de esa noche serena,
Cuando tembló mi dedo cual tallo de azucena,
Y los grillos cantaron su sonata febril.

Ah! si por tu conjuro renaciese la vida,
Y las viejas ternuras con sabores de miel,
Yo volviera á vivirla restañando mi herida,
Mas si este es un delirio del alma enardecida,
Háblame del pasado, ¡oh, anillo siempre fiel!

DUQUESA DE ROHAN.



Después del baño

(Traducción por don Eduardo Pantaleón F.)



S. S. PIO X.

Quadro tomado del natural
por el pintor chileno Pedro Subercaseaux

S. S. PIO X



No pertenece á la categoría de los pontífices artistas é intelectuales como León XIII, que hacen obra profunda de literatura y análisis en materia sociales. Los Cardenales que eligieron á Pío X quisieron dejar de sucesor suyo á un Papa esencialmente apostólico y religioso; no pudieron escoger mejor que la persona del Cardenal Sarto, que

posee semejantes cualidades en grado eminente. Pío X es en efecto el prototipo del buen Obispo, del verdadero pastor de almas, administra su diócesis de Roma con la misma bonhomia y el mismo candor de alma con que administraba la de Venecia.

Muy sencillo de gustos, no tuvo que soportar el fausto secular en la corte de los Papas, simplificándolo gradualmente; y si tan solo de él dependiera, el número de Cardenales sería reducido á la mitad del número actual que tiene. Una vez que subió al solio pontifical se vió en el acto cuales eran sus propósitos, y cómo eran enteramente contrarios á los de su predecesor; desde el primer día quiso romper con el formulismo de la corte pontificia, según el cual el jefe de la Iglesia debe comer solo. Pío X comenzó por rodearse de sus secretarios y de los prelados superiores de palacio, sentándoles á su mesa, según el antiguo hábito que tenía. En todo procedía haciendo gala de la mayor sencillez y humildad en las costumbres. De igual modo se esmeró en conservar los antiguos hábitos que tenía.

Al día siguiente á su elección pudo verse que separaba de sí á todos los servidores especialmente consagrados á su persona; ningún lacayo se quedó en la antecámara para velarle durante la noche, y para ayudarle á vestirse ó despertarle á la mañana siguiente. Con gran sorpresa de cuantos le rodeaban se le vió salir después de la primera noche pontifical, perfectamente vestido y afeitado, sin que se hubiera llamado á persona alguna para que le ayudara en semejante tarea; es que tiene á gala el servirse á sí mismo como lo hiciera el aldeano más humilde, y cree que se vuelve á la sencillez y á la humildad cristiana haciendo con las propias manos cuanto sea posible, sin necesidad de recurrir á los servicios de los demás. Es necesario ser el servidor humilde de sí mismo, con lo cual se gana en deprecio de las pompas y vanidades mundanas.

En los primeros tiempos sentía el peso de la tarea; se ahogaba en la atmósfera del Vaticano, apesada por la etiqueta y por el ceremonial. Su salud sufría con esto.

Era, en efecto, sincero cuando en el Conclave que hubo de llevarle á la jerarquía suprema de la Iglesia se negaba con todas sus fuerzas á aceptarla. En su conciencia no se juzgaba con fuerzas para llevar el peso de la enorme tarea que se pretendía arrojar sobre sus hombros que juzgaba débiles. A los tres cardenales, Satolli, Vannutelli,

Vicecio y Ferrara, Arzobispos de Milán, que más que los otros insistían en que aceptara el alto puesto les declaró el cardenal Sarto, en tono enérgico y decidido que no aceptaba por tres razones: 1.º porque no conocía otro idioma que el italiano, y no sentía dentro de sí el paño de un diplomático; 2.º porque no había administrado más que una pequeña diócesis, y que por consiguiente no podía poseer las condiciones que requiere una administración tan vasta y de tan inmensas responsabilidades como la de una vasta comunidad de toda la Iglesia; y 3.º porque no podría resignarse á vivir encerrado en el Vaticano, hermosa pero vastísima prisión de la cual ya no podría salir en los días de la vida.

Semejante declaraciones correspondían al carácter del hombre y á la franqueza sencilla de su vida. Debió pasar horas bien amargas cuando se decidió á someterse al voto que tan contra sus deseos le llevaba á las alturas supremas.

Pero uno se acostumbra á todo, dice el proverbio, y el Papa Pío X hubo de acostumbrarse á la prisión dorada del Vaticano. Solamente se arregló de manera que tuviese la mayor libertad posible dentro de ella, en sus propios movimientos, reduciendo en

cuanto cabía las fórmulas rigurosas del ceremonial palatino, desviando los séquitos de prelados y de guardias, de honores y de brillo que seducían á sus predecesores. Y el Papa se paseaba por el vasto recinto de su palacio apostólico sin las trabas y dificultades de los cortejos y de las genuflexiones.

A León XIII le agradaba ser el esclavo de su propia corte. Pío X se ha emancipado enteramente de ella. Aún los cuatro cardenales que fueron sus electores no han logrado circunscribirle; si alguna vez alimentaron la esperanza de serlo todo en el Vaticano, esa esperanza

ha sido bien borrada, pues hoy día, casi para nada cuentan. El más desilusionado es quizás el Cardenal Oreglia de San Stefano, que después del Conclave consideraba al Papa hasta cierto punto como su propia hechura, como naturaleza ductil y fácil de gobernar. Su opinión ha debido cambiar considerablemente en breve espacio.

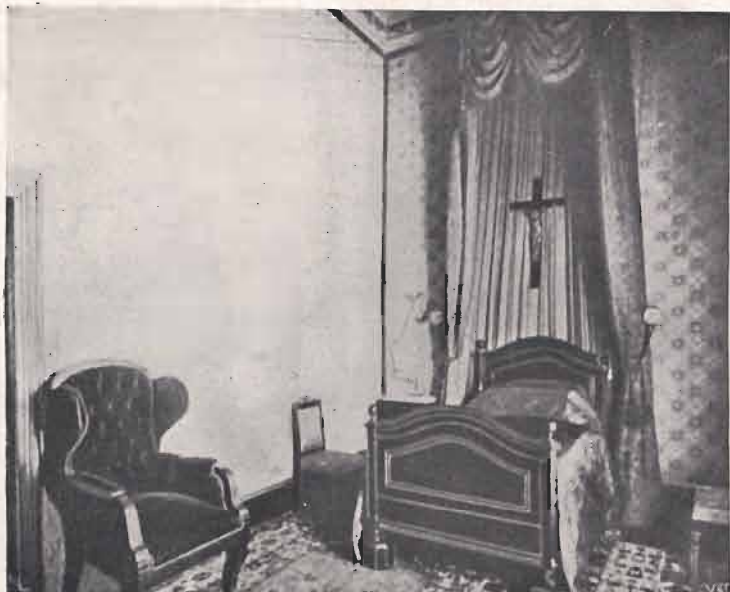
En tiempo de León XIII los prelados constituían una verdadera potencia; actualmente son las ordenes religiosas las que han pasado al primer puesto; han encontrado en Pío X un protector declarado.

Como buen Obispo que era, el antiguo Patriarca de Venecia, se consagró á la reforma de las costumbres del clero, de las administraciones parroquiales y diocesanas, que tanto por acá como por allá pecaban un tanto por incuria. Fué así como ordenó la visita apostólica por toda Italia á consecuencia de la cual, va-



Sala privada de audiencias





El dormitorio

rios Obispos fueron obligados á presentar su dimisión. Ha purgado Roma de algunos sacerdotes poco recomendables y arreglado á otros, reavivando su celo en pró de las almas.

Pío X no es ni un literato, ni un sabio, ni un lingüista, los discursos que pronuncia coram populo, en los jardines del Vaticano, son sermones que pudieran honrar á un cura de campo. Sus Encíclicas, redactadas personalmente por él, en italiano, son inmediatamente traducidas por otros al latín; no aspiran, por cierto, al brillo de los triunfos literarios. Habla tan solo una lengua: el italiano, y todavía mezclada con locuciones de dialecto veneciano.

Las instituciones académicas son poco favorecidas por el Papa, de quien no reciben aliento alguno; deja morir de inanición á la que fué en un tiempo la más célebre de todas, la Arcadia. En esto creemos que hace bien, pues se trata de una asamblea literaria postiza que nunca ha tenido producciones de verdadero mérito.

Su predilección única es la música, por la cual siente verdadero entusiasmo; le rinde con justicia tributo, y el maestro Perossi ha llegado á ser en el Vaticano astro de primera magnitud. Todavía es necesario declarar que esta predilección tiene sus limitaciones, así en toda circunstancia prefiere el canto gregoriano gustando menos de la música moderna.

En su conversación privada, el Papa Pío X, tiene la suavidad y el encanto de un San Francisco de Sales; trata de parecer el *sevum servorum Dei*, en tanto que León XIII trataba de mostrarse en todo el esplendor de su Corte, con apariencias de majestad. Acaso influyeron en semejante actitud, las razones de atavismo aristocrático de su predecesor.

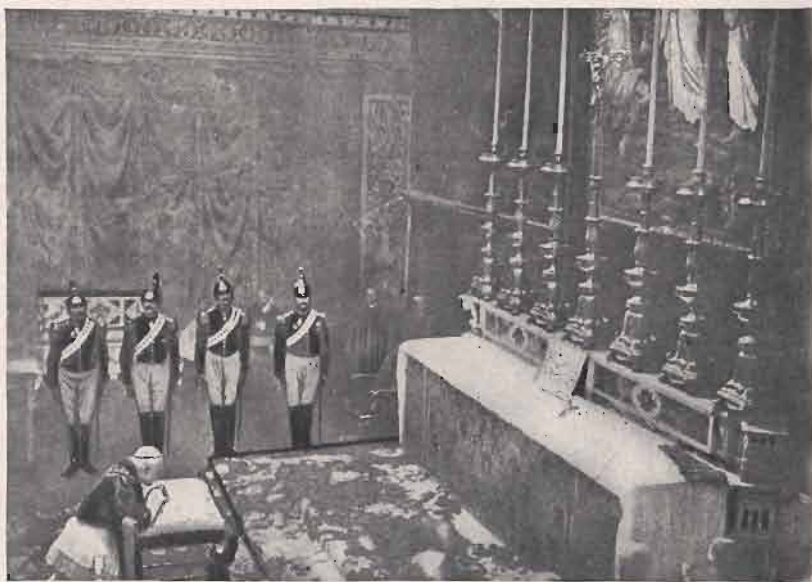
Si no hubiera sido sacerdote, Pío X, habría sido un exce-

lente padre de familia, extraordinariamente afecto á las cosas del hogar. Unicamente por su gran bondad y por su ternura es por lo que sus hermanos y parientes manifiestan tan grande afecto por él, porque su ternura para con los suyos no ha tenido jamás caracteres de despotismo. Así, ni siquiera ha querido que sus hermanas fueran inscritas en el libro de oro de la nobleza romana, á pesar de que tenían derecho á ello; prefería verlas continuar en su género de vida patriarcal y modesto, tal como hasta entonces lo habían llevado; de igual manera, ninguno de sus demás parientes de Venecia, muchos de los cuales se encuentran en la indigencia, jamás han beneficiado pecunariamente de la situación elevada en que se encontraba su pariente, el Sumo Pontífice de la Iglesia.

El Papa es hombre extraordinariamente activo; se levanta á las seis de la mañana así en verano como en invierno, y trabaja hasta las nueve de la noche, á excepción de una ó dos horas de paseo, y de los instantes muy breves consagrados á sus comidas. Es verdad que las prácticas religiosas llenan buena parte de su tiempo.

La salud de Pío X es generalmente buena, á pesar de que le afligen ataques frecuentes de gota; de todo triunfa su temperamento robusto y firme así como la higiene de su vida y sus hábitos severos. La enfermedad de que padece fué contraída en Venecia, más los ataques son cada día más raros desde que vive en Roma. Durante el año último, al decir de los médicos, se vió totalmente libre de ellos.

Es una persona frugal aún cuando no con exceso—pues nada excesivo le agrada—es afecto á los platos sencillos, á la cocina burguesa como la que sus hermanas le preparan



El altar de la capilla Sixtina

desde hace tantos años, y lo que más le agrada es el arroz mezclado con lentejas. Tal es en las intimidades de su vida el hombre que dirige los destinos de la Iglesia Católica y de tantos millones.





UNA ARTISTA AMERICANA
EN LAS PLAYAS DE HOLANDA

UN ARTE JAPONES

Esmaltes y esmaltadores japoneses de hoy día



OS gustos ó escuelas pueden señalarse en el arte japonés del esmalte de jarrones: uno que detalla hasta lo más ínfimo, con maravillosa paciencia y el otro de líneas simples, que tiende más bien á expresar con relieve y audacia alguna idea. Los occidentales, aunque afectan ver en el arte japonés un arte sin profundidad ni consistencia, en realidad se quedan asombrados ante los primeros trabajos y meditan seriamente delante de los segundos.

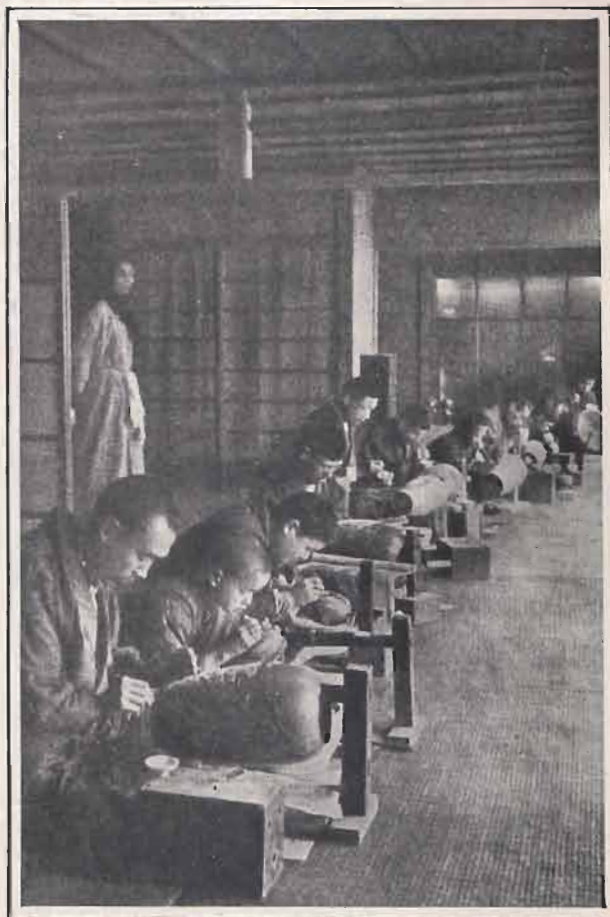
Ciertamente que en todas las obras artísticas no andan



siempre separados los dos gustos; pero hay muchos artistas industriales que emplean con preferencia el uno ó el otro. Por ejemplo, los artífices de Satsuma, que trabajan obras damasquinadas y los que se dedican al llamado "cloisonné" (*separado*, especie de mosaico, en celdillas), se dedican con especialidad á trabajos muy minuciosos, á veces casi microscópicos, que exigen una infinita y pa-

ciente labor. El esmalte de "cloisonné" es conocido entre los japoneses por el nombre de "shippo", contracción de las palabras "shichi", siete, y "ho", tesoro. Algunos han pretendido sacar esta palabra de viejos permami-

nos budistas y afirmar que significa "artefacto de la tierra del demonio", negando así su origen chinesco; pero tal etimología es inaceptable, porque está probado que la



contracción de "siete-tesoros" alude á los siete preciosos materiales que se emplean en el esmalte, á saber: oro, plata, esmeralda, coral, ágata, cristal y perlas. El término "shippo" era usado, hace muchos años, por el escritor Soami, á fin de poner en evidencia la superioridad de los esmaltes japoneses sobre los mosaicos del siglo XV.

La primera obra del esmalte "cloisonné", tal como lo conocemos hoy día, no data sino de 1832.

Muchos escritores han investigado é historiado el desarrollo de esta industria: nosotros, en este corto estudio, nos limitaremos á señalar algunas de sus características principales y dar á conocer los más famosos nombres de trabajadores en nuestro tiempo.



No todas las clases de shippos son iguales. Hay el doro-jippo ó esmalte opaco y el suki-jippo (se dice jippo cuando la palabra es compuesta) ó esmalte con brillo. Existen también 2 maneras de aplicar el esmalte al metal ó base: primero, acanalando las partes que recibirán la pasta y, segundo, separando los intersticios por delgadísimos alambres, que vendrán á formar celdillas ó "cloisons". El primer procedimiento es llamado "champlevé" y el último "cloisonné".

Pero el término japonés "ship-po", es genérico y aplicable á ambos trabajos.

Hay otro trabajo en extremo



moyo". El esmalte "iris", recientemente generalizado en porcelanas barnizadas, se designa con el nombre de "negaregusuri" ó sea vidiro fluido. Diremos algunas palabras sobre el arte decorativo en metales.

Las piezas se hacen generalmente á martillo, fijando las figuras á golpes dados según dibujo que se tiene á la vista. La superficie es barnizada con ciertas tintas indias que le dan suavidad y brillo. En seguida se van marcando los bordes del diseño por medio de hilillos de oro, plata ó cobre, los que forman de esta manera el "cloisonné" del trabajo.

Para dar una idea de la paciencia y tacto que requieren es-



delicado que se llama "shotai-jippo" y consiste en separar por medios químicos, el metal del esmalte, es decir no dejando más el cristal y la pedrería preciosa.

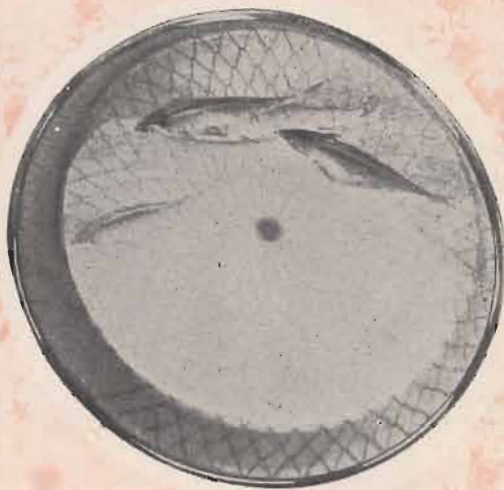
El esmalte común, con alambre, es llamado "vusen-jippo" y hay otras variedades que reciben diferentes nombres. Apuntaremos el "moriage", en relieve, hecho á martillo, el "uchidaschi", el "akasuké", rojo, cristalino, etc.

Usase en ocasiones la porcelana, pero para todos los trabajos el cobre es como la base, en especial si se trata de colores rojos, pues ningún cuerpo los dá más vivos y brillantes.

En los esmaltes transparentes se usa el oro y la plata, y reciben entonces la denominación de "gin-jippo" y "kin-jippo".

Existe además el esmalte con base de cobre, recubierto por una pepel de plata: gin-bari.

Las piezas monocromáticas y de vivos reflejos se denominan "usuji". Aquellas de dibujo antiguo, según el gusto chinosco, que generalmente representaban rojas de vid, llámanse "kodai-



tas obras, diremos que muchas veces, en menos de una pulgada, se ponen y entrecruzan más de cien hilillos de metal y cada uno lleva su dirección que es preciso no confundir.

El que estas líneas escribe ha visto una maravilla del arte, fabricada por el célebre teitaro, de Nagoya: consistía en una cigarrera de tres pulgadas y media, que á primera vista aparecía cubierta de innumerales puntitos brillantes. Examinada con prolijidad, descubríanse millares de mariposillas, hechas con todos sus miembros y colores, prolijamente detalladas y de un efecto verdaderamente fascinador.

Declaro que á pesar de conocer bastante la industria y de haber visto muchas grandes obras en la materia, hasta hoy la fabricación de aquella cigarrera de prodigio permanece para mí como un misterio.

La juntura de estos trabajos tan finos va generalmente pegada por medio de una goma especial, que se saca de cierta planta perteneciente á la familia de las orquídeas. Sobre los dibujos recién hechos, suelen cernir polvo de oro, sutilísimo. Para aplicar las tintas, se emplea generalmente una especie de plumilla que producen en escasa cantidad algunos vegetales flexibles. Finalmente, para pulir los dibujos, emplean piedrecillas y polvos de carbón ve-

getal ó raspaduras de cuerno de ciervo mezcladas con aceite de nabo.

Este complicado arte se ha desarrollado, principalmente, con el apoyo de Europa.

Hace, relativamente, pocos años que las obras de "shippo" han sido admitidas como adorno en los hogares japoneses.

Según y como se van desarrollando, tanto los artistas como las artes se dividen, por sus destinos, entre nacionales y extranjeros. Y es curioso observar qué es lo que ellos llaman "el gusto extranjero". A menudo, en las casas del país, veréis un aposento lleno de objetos de los colores más chillones y disparatados, en combinaciones verdaderamente fantásticas. Si preguntáis por aquel atroz abigarramientos, os dirán que ese es "el aposento europeo".

Cuando en Yokohama se despachan jarrones y adornos de esmalte para Norte América ó Europa, sepárase la mercadería con el rubro general de "Cargamento de artículos del peor gusto". Así los artistas nipones se vindican y toman su desquite.

De manera que nosotros no podemos, en realidad, juzgar de la verdadera industria artística del Japón por las muestras que llegan hasta nosotros. Hubo una villa famosa, llamada Yoshima, ó tierra de los "cloisonné", donde el célebre artista Tsunikichi descubrió diversos perfeccionamientos muy útiles para la confección de los esmaltes. En breve, toda la ciudad se llenó de chimeneas que arrojaban al cielo el humo de otros tanto hornos en que cientos de artistas trabajaban la industria nacional.

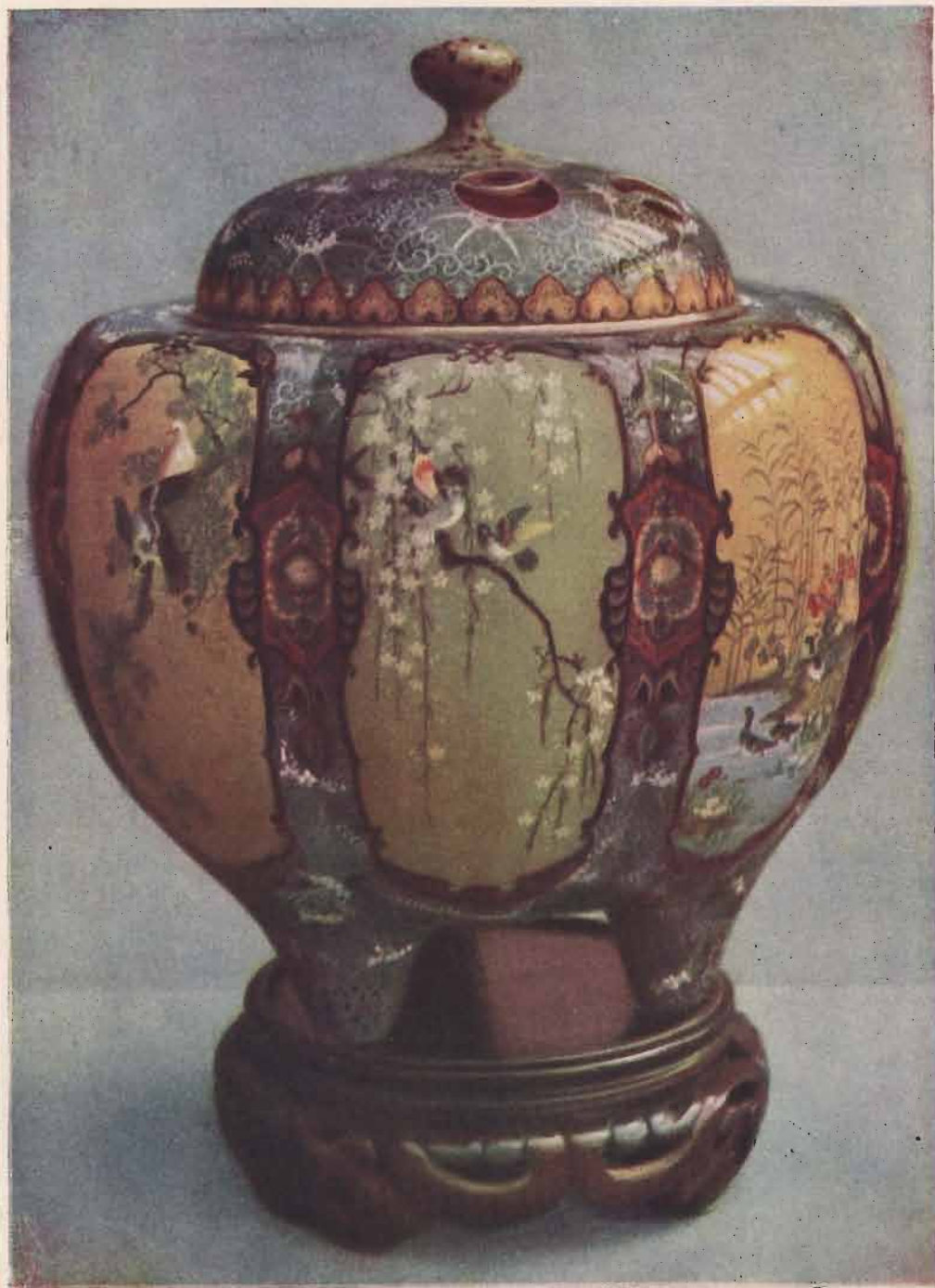
Visitando no ha mucho la esplendorosa Yoshima, pudimos ver abatida y muda la ciudad, apagados los hornos y decaída la población. La verdadera industria del "shippo" ha sufrido un golpe de muerte con el mal gusto occidental. Especialmente han contribuido á arruinarla las imitaciones baratas con que la Europa inunda todos los mercados del mundo: y esto proviene más que todo de la Exposición de París de 1900. Desde entonces, Yoshima empezó á fabricar una enorme cantidad de gin-bari, mercadería ordinaria y los verdaderos artistas fueron desapareciendo.

No obstante, quedan aún, además de Nagoya, otras dos ciudades grandes productoras de "shippo" que han aprendido de aquella el arte de su fabricación y son Kyoto y Tokio.

Distínguense los grabadores de Kyoto por sus finísimos dorados, en tanto que los otros prefieren el tono oscuro ó los colores pálidos como fondo de las decoraciones.

Aunque las peculiaridades locales van desapareciendo progresivamente, todavía quedan muchas dignas de mencionarse.

Tokio tiene la gloria de haber producido un artista notable, Namikawa Sosuke, inventor del es-



malte cloisonné de un sólo color. Ha merecido que obras suyas figuren entre los adornos del Palacio Imperial Japonés.

En el pabellón japonés del Palacio de Bellas Artes de Londres existen también algunos cuadros suyos, "Luz de luna en el mar" y "Cisnes á la luz de la luna", delicados trabajos de esmaltes de finos tonos suaves.

Hoy le sucede en su arte un nieto, heredero de su nombre y de sus facultades.

En Kyoto existen también unos pocos artistas de nota, aunque ninguno haya sobrepasado en colorido en finura de ejecución á Namikawa Yasujuki. Sin embargo, entre sus obras se cuentan figuras que hay que observar con microscopio, para poder apreciar el trabajo en todo su valor.

Estos artistas jamás descenderán á las vulgaridades del gusto occidental: será siempre los puros representantes del buen gusto, del gusto japonés.

Actualmente, el más notable artista de Nagoya es sin disputa Ando Jubey. El y su no menos ilustre hermano Jûja han levantado á grande altura el nombre de su ciudad natal.

Ando Jubey ha alcanzado, por sus profundos conocimientos, una gloria que es escasa en el Imperio del Sol Levante: la de formar escuela. En 1881 se dirigió á Nagoya Kaj y Sataro y en unión con su amigo Kawado fueron los primeros discípulos del artista. Luego se le unieron muchos otros, pero el más sobresaliente de todos es ahora Niko Kawedade, que descubrió el matiz del iris en porcelana.

Debe mencionarse muy honoríficamente á Kumeno Teitaro, artista de la renombrada Nagoya, que hizo un importantísimo descubrimiento: el modo de hacer esmaltes en porcelana sin que ésta sufriera las antes inevitables quebraduras.

Cuéntase que viajando Kumeno en una de las primeras líneas del ferrocarril tendidas en el Imperio, llamóle la atención la distancia que se dejaba entre los rieles. Preguntó á qué se debía y cuando se le repuso que era para la dilatación producida por el calor, dijo que lo mismo debía suceder con los metales del esmalte. Hizo en seguida sus ensayos y desde entonces los "shippos" en porcelana han tomado un vuelo cada año más considerable.

Hay otros artistas, como Haltoni, notable por sus "transparentes" y muchos que sería largo enumerar; pero debemos dejar constancia de que Nagoya es la más importante productora de "shippos" y la que mejores trabajos ejecuta.

Una simple mirada á la biografía de cada artista da idea de la fuerza de carácter y la constancia que han necesitado para llevar á fin sus labores.

Dos ó tres casos merecen mención especial.

Primero, la casual observación de los rieles por Kumeno, ya citado. Segundo, el caso de un artesano que, llevando una tasa de té, dió un tropezón, derramó el líquido en un crisol de esmaltes y descubrió en seguida el más hermoso matiz dorado. También Hayaschi produjo un gris pre-



cioso y rarísimo por medio del olor de unas yerbas quemadas.

A propósito del arte japonés en el extranjero, creemos interesante copiar las opiniones vertidas por el crítico Mr. Oliver, en la célebre revista de artes, "The Studio", sobre el pabellón nacional en la Exposición de San Luis (1905). A causa de referirse á muchos artistas que hemos nombrado, vamos á copiar aquella parte de su artículo que se relaciona con género distinto del esmalte de jarrones...

Decía:

"... La alfarería y las piezas esmaltadas por el método que se conoce con el nombre francés de "cloisonné", llamaban á primera vista la atención del visitante.

Escasas en número, todas eran de verdadero mérito artístico y esto se explica precisamente porque el organizador de la sección japonesa, hombre de fama mundial por su buen gusto, no admitió nada mediocre, dando entrada al pabellón japonés únicamente á lo que representaba una excelencia en su género.

Gran elegancia y nitidez de colores se observaban en una cigarrera "cloisonné", decorada con multicolores plumas de pavo real, entretejidas de hilos de oro, por el artista tan conocido en Japón y Londres, M. Jubei Ando.

M. Namikawa exhibía pequeños y frágiles vasos, finamente esculpidos. La factura presenta las mismas características de pureza irreprochable, que en otras ocasiones le observáramos; pero debemos anotar dos, verdaderas preciosidades, que extasiaban por su colorido claro y limpio.

Escogida pieza era también la que exhibía Nageva Manjiire, consistente en un vaso decorado con una hoja esculpida.



Un jarrón, de amplias formas, obra de Jinmatsu. Uno destacaba bajo la luz de la última ventana sus suaves relieves dulcemente coloreados de café.

Entre las maravillas de los trabajos japoneses se cuenta el hábil empleo de los bajos relieves y en este género se presentaron á la exposición obras meritisimas.

Se admiraban especialmente un vaso de flores y hojas verdes, por Kinkozan, y un incensario de Satsuma esculpido por Keida.

No menos digna de estudio es la perfección á que los japoneses han llegado en el arte llamado del "laqué".

Una de las joyas de la Exposición era el cuadro de este género ejecutado por Hayashi.

Véis un paisaje de mar. Las olas presentan reflejos de todos los colores del iris y tienen brillantes metálicas; la espuma nívea que las corona, refulge bajo el cielo verdoso; y todas se lanzan contra una enhiesta roca que está en primer término, á la derecha del cuadro.

Kozaburo Miakami ha enviado una primorosa cajita laqué.

La decoración de al tapa consiste, sencillamente, en un bosquecillo de bambúes que lo cubre todo. Los tallos de los árboles están hechos con madreperla.

El distinguido miembro de la Asociación de Bellas Artes de Tokio, señor Shosai Shirayamao, nos presenta un

pequeño jarro de té, decorado por el procedimiento del laqué con vistosas plumas de diversos pájaros.

Dos cajas, una de forma rectangular y la otra circular y festoneada, ambas con riquísimas decoraciones y recamados, fueron el presente del señor Nakamura.

Muchas otras curiosidades y joyitas artísticas pudimos admirar en el pabellón japonés, pero el corto espacio de que disponemos no nos permite extendernos en la descripción de cada una.

De las cajas decoradas debemos advertir que no sólo presentan paisajes y figuras por su parte exterior, sino que siendo su objeto guardar joyas ó diversos objetos, también presentan bellísimos esmaltes en las tapas interiores.

Por ejemplo, podemos señalar el estuche del señor Korusewo, que estaba rodeado por una espléndida floración de bambúes verdes, heridos por el sol de la tarde. Las hojas tomaban, á veces, reflejos dorados del mayor efecto. En seguida, la tapa superior representaba la cima de una montaña, de una montaña azul, en finísima gradación de matices hasta la cumbre rodeada de nieve. Abierta aquella tapa, se encontraban abajo escenas de la campiña japonesa, esos arbolitos minúsculos que crían los nipones en sus parques, mujeres curiosamente vestidas, hombres ocupados en sus faenas diarias, en fin, una reducción de la vida del campo en el Imperio del Sol.





Por el estilo había muchas cajitas, variando solamente la composición de los paisajes y las figuras.

Todas las personas de gusto que visitaban el pabellón japonés se quedaron extasiadas ante el juego de piezas en bronce coloreado, del señor Shosai Shiyamao.

Consistía en una mesita de escritorio y una caja para papeles, de primorosa ejecución y refinada elegancia.

Debemos anotar así mismo otro escritorio, por el señor Nakamura, decorado con pájaros y flores de otoño.

Entre los trabajos en madera, se destacaba con fuerte relieve dos mesas talladas.

Una, que figura en el catálogo como "Mesa tallada rectangular", era ciertamente una pieza de museo, notable en todos sus aspectos. Su severa estructura, las líneas nobles y simples de sus adornos, dan la idea de algo reposado y superior...

Importante de considerar es la diferente apreciación que de los trabajos de esmalte se hace en Oriente y Occidente.

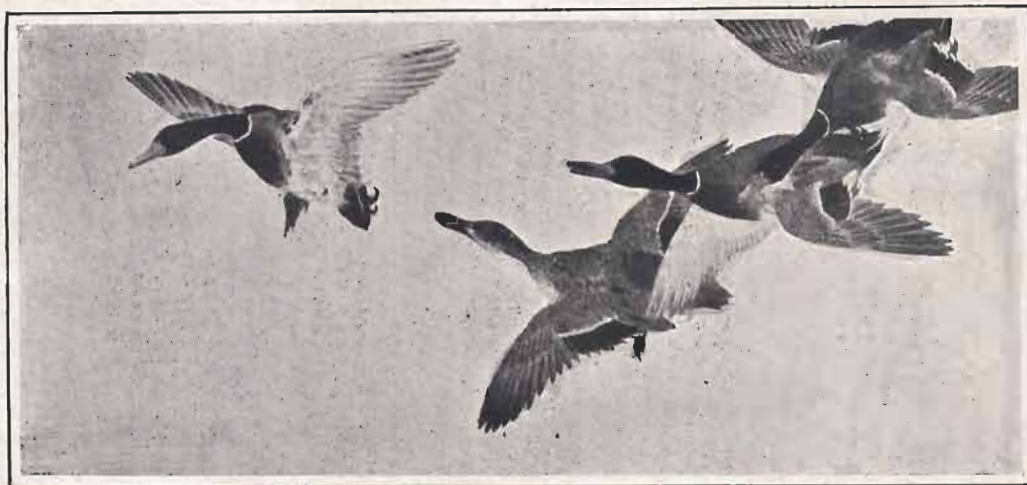
En el Japón se admira principalmente la habilidad y firmeza de la ejecución. No se piden jarrones decorativos, sino decorados.

En Occidente, se prefiere el gran brillo, el esplendor aparatoso y llamativo. Así una pieza de gran valor entre los japoneses, ni es ni puede ser apreciada entre los occidentales, ignorantes del arte verdadero.

Por eso, la industria tan apreciada en el país, no adquiere valor en el extranjero. Indudablemente que si los hábiles obreros de Nagoya y Kyoto quisieran, ellos también, halagar el mal gusto, conseguirían hechizar á los millonarios americanos; pero para eso sería preciso que vendieran su ideal, que rompieran su dignidad de japoneses, de artistas y eso, felizmente, no lo harán todavía.

Más bien debemos esperar que el Occidente escuche y aprenda las lecciones del Oriente y se acepte en Europa el arte japonés del "cloisonné", tan fino tan delicado y tan elevado en su espíritu idealista.

JIDO HARADA.





EL SUEÑO DE LA INOCENCIA



El poeta Machuca

(Cuadros de costumbres literarias)

ZODAVIA tiritando con el frío de la noche recién pasada en el wagón de 1.ª, porque sus recursos no le permitían pagar una cama en el coche dormitorio, Desiderio Machuca descendió del nocturno aquella mañana, con su modesto equipaje, que él mismo condujo a un coche, y dió al auriga una dirección en la calle Santo Domingo.

Era la primera vez que pisaba Santiago, y venía de Parral a estudiar leyes, después de haber concluido humanidades en el Liceo de Chillán. En realidad, hacía más de un año que había terminado sus estudios; pero su padre, un pequeño propietario, no se encontró con recursos para costearle la estadía en Santiago. Fué, pues, un año perdido, y cuando a consecuencia de esto, la familia Machuca comenzaba a desalentarse, se tuvo la satisfacción de recibir una carta del diputado del departamento en la que anunciaba que había conseguido para Desiderio un empleo de escribiente en una compañía de seguros, con cien pesos mensuales y con probabilidades de ganar más aún. Gracia a este pródigo diputado, Desiderio podía llegar a ser un profesional, sin gravar el escaso peculio de sus padres. Y fué así cómo en los primeros días de abril de 1905 tomó en Parral el nocturno que había de conducirlo a Santiago.

Se instaló en la pensión, que le había sido recomendada por el mismo diputado prealudido, y comenzó a asistir con tanta regularidad a sus clases como a la oficina de seguros.

Los dos primeros meses de vida santiaguina le fueron absorbidos, como es de suponer, por la necesidad de orientarse y por esta otra necesidad, especial en él, de conocer rincones. Sólo cuando ya se sintió a gusto, quiero decir, cuando la ciudad ya no le reservaba sorpresas, pudo acordarse de que tenía aficiones a la poesía y de que traía en su maleta varios cuadernos llenos de versos, fuera de un montón de hojas sueltas. Se preguntó entonces si estos versos que eran recibidos y publicados de tan buena gana en Parral por el editor de "El Faro", serían igualmente aceptables en una revista santiaguina. Comparándolos con otros que aparecían por aquel entonces en las hojas metropolitanas, le pareció que, en conciencia, las suyas no eran inferiores. Como prueba, envió una composición a "La Revista Blanca", acompañada de una carta. Al domingo siguiente, en que se levantó presa de una gran nerviosidad, tuvo la satisfacción de ver su poesía impresa. Envalentonado, envió otra, que también se publicó. Y así fué enviando otras y otras, en cantidad incontable, de modo que concluyó por perder el miedo y por adquirir la plena y absoluta certidumbre de que, así mandara a las revistas una enorme cantidad de poemas, siempre le serían publicadas.

Aquellas poesías de Machuca eran, como puede esperarse, lo de siempre: verso de amor, de un amor inconsolable, de un amor llorado y gritado. Sin embargo, no cabía dudar de que este joven provinciano tuviera talento, porque en aquel piélago de banalidades que eran sus versos, asomaba de vez en cuando una chispa, un rasgo que acusaban cierta manera original de sentir.

En la pensión de la calle Santo Domingo, se ignoraba que Machuca era poeta, y éste, por su parte, persuadido de que entre sus compañeros de casa no había nadie que se interesase por la poesía, jamás tocaba este tema. Sin embargo, se equivocaba, porque había en la pensión otro poeta, y se llamaba Eliseo Valverde, el cual, a su vez, aunque por razones muy complicadas que Machuca, tampoco hablaba jamás de su arte entre profanos.

Valverde, que tenía sobre la poesía las ideas propias que luego van a exponerse, no leía las revistas literarias en boga, donde todo le parecía estúpido, pero las hojeaba y recorría las

firmas. Su vista caía con frecuencia, al abrir "La Revista Blanca", sobre una que rezaba: "D. Machuca", pero jamás se le había ocurrido pensar que este Machuca fuera su compañero de mesa. Mas, un día, como ambos poetas, por casualidad, salieron juntos de la pensión en dirección a la Plaza, Valverde, por decir algo, preguntó al otro.

—¿Es usted pariente de este señor Machuca, que publica versos?

—Soy yo mismo, contestó Machuca, bastante halagado de haber sido descubierta. Y agregó: por lo visto usted se aficiona a leer versos...

—No sólo a leerlos, sino a hacerlos, repuso Valverde.

—¿Qué curioso! dijo Machuca lleno de alegría. Pensar que hemos estado viviendo tanto tiempo juntos, e ignorándonos tan completamente...

—Hasta hoy—prosiguió Valverde, haciendo caso omiso del placer que experimentaba Machuca,—hasta hoy he publicado poco, porque trato de encontrarme, de desprender mi personalidad de las influencias ambientales...

Y sin dar tiempo a Machuca para rumiar estas extrañas expresiones, que le caían de nuevo, le preguntó, sin transición:

—Y ¿cuáles son sus maestros?

—¿Mis maestros?...—preguntó, a su vez, Machuca, que ignoraba todavía hasta los términos más elementales de la vida literaria.

—Quiero decir, explicó Valverde con una sonrisita, los poetas de su predilección, los que le han enseñado a usted a sentir y a expresarse.

—A decir verdad, contestó Machuca, yo he leído poco. Fuera de los clásicos españoles que frecuentábamos en clase de castellano, yo no conozco sino a Blest Gana, a Núñez de Arce y a Bécquer. Pero de todos ellos el que, sin duda, ha dejado en mí huellas más profundas, ha sido Bécquer.

Valverde, oyendo esto, miraba a Machuca de hito en hito, con un semblante en que se mezclaba la compasión y el estupor, sin que el otro se explicara esta insólita actitud, porque no creía haber dicho nada que no fuera muy simple.

Valverde, en fin, prorrumpió:

—¿Cómo se conoce que viene usted de provincias! ¡Bécquer! ¡Núñez de Arce! Francamente, me reíría en este momento de usted, de Bécquer y hasta de la abuela de Bécquer, si el espectáculo que usted ofrece no fuera más bien lamentable. Pero, mi amigo, si después de Bécquer ha pasado por el mundo todo un ciclón de novedades que ha hechado por tierra las antiguas fórmulas. Usted, con su carencia de noticias, me hace el efecto de una rancia señora que creyera que la crinolina es le dernier cri en materia de modas.

—Pues bien, prosiguió, para no nombrarle sino las escuelas más conocidas, hemos tenido en los últimos años a los simbolistas, a los decadentes, a los instrumentistas, a los coloristas, a los luministas, a los primitivos, a los sádicos, a los estetas, a los naturistas, a los futuristas, a los satánicos; hemos tenido el culto del yo y la super humanidad; hemos tenido a Nietzsche, a Wagner, al Sar Peladan, a Verlaine, a Baudelaire... y a Bórquez Solar! Y mientras pasaban por el mundo todos estos creadores de estrechamientos nuevos, usted, plantado en Bécquer, es decir en la berlina. ¡Oh cielos!

Machuca estaba como fuera de sí, y Valverde, aprovechándose del pánico, continuó anonadándolo con novedades:

—Me olvidaba decirle que todas estas escuelas de que le vengo hablando están pasadas de moda...

—¿Pasadas de moda! exclamó Machuca, ahogado.

—Ahora, continuó Valverde, vamos por otros rumbos. Se trata siempre de expresar lo inefable, pero por medios diferentes á los usados por nuestros antecesores. Estos pretendían expresar lo indecible, valiéndose de expedientes que, en rigor, eran clásicos. Ahora, la fórmula es: expresar lo inefable en una lengua también inefable. Esto equivale decir que se acabó la frase considerada como un organismo y que la palabra debe campear por su cuenta. Cada palabra, de hoy en adelante, es un ser vivo, con vida propia, que tiene en sí mismo, como Dios, su principio y su fin. La palabra es un microcosmos, ó, si usted quiere, un micropoema, es la Diosa Palabra! Si me fuera forzoso, para hacerme entender, emplear expresiones impropias de la poesía, diré que cada palabra es una república independiente, que maldito lo que tiene que ver con la palabra vecina que es, á su vez, otra república independiente. En consecuencia, todo buen verso se reconocerá en esto: en que la idea, (si la hay, porque ello no es absolutamente necesario), la idea, digo, debe emerger apenas del conjunto de la composición, como jadeante, como braceando para abrirse paso y salir á la luz del día, sin que por eso (fíjese usted bien en esto) el lector más experto (no digo nada de los burgueses) se halague con la certeza de haber comprendido; á lo sumo puede vanagloriarse de haber sospechado.

Por cierto, que yo no puedo exponer á usted en este momento y en este sitio (estaban detenidos en una esquina de la Plaza) la teoría nueva, sino á grandes rasgos. Porque hay matices, hay complicaciones, de que uno se va posesionando con la práctica. Por ejemplo, usted debe de carecer de fe, puesto que viene saliendo de un liceo.

—En efecto, dijo Machuca, he perdido la fe.

—En tal caso, será el colmo de lo distinguido que usted haga versos que hubiera podido firmar Fray Andresito. Usted agotará toda la liturgia, y hará la más bella mescolanza de misales, breviarios, incensarios, casullas, antifonas, laudes, maitines y vísperas. ¡Oh! y la Virgen Madre! éste habrá de ser uno de sus temas. Está ya un poco broceada, es verdad, la Santísima Virgen María, pero siempre se puede, mediante un esfuerzo, ser original á costa de ella. Esto, sin perjuicio de que, á renglón seguido, usted escriba blasfemias de á folio y llame al diablo Nuestro Señor. En suma, en materias místicas, usted mezclará la alabanza á la imprecación, la efusión teresiana al vómito alcohólico.

Previendo una pequeña objeción en la mirada de Machuca, Valverde agregó:

—Usted me dirá que todo esto es contradictorio. No hay que apenarse por eso: en la estética nueva se ha convenido en dejar

á las contradicciones el trabajo de conciliarse ellas mismas como puedan.

—Para concluir, por hoy, continuó Valverde, porque tengo una cita importante á que concurrir, manifestaré á usted que el poeta de mañana debe estar ligeramente teñido de humanitarismo. Para documentarse á este respecto, puede usted adquirir los volúmenes de la colección Sempère, que, por lo baratos, parecen hechos á propósito para estudiantes: vale un peso el tomo, pero con maña se pueden obtener hasta por tres chauchas!

Machuca, que no estaba en situación de coordinar una sola idea, precisamente en vista de las muchas que se le agolpaban al cerebro de resultados del discurso de Valverde, se contentó con decir á éste, sin saber bien él mismo lo que quería decir:

—¿Entonces?...

Esta palabra, á los ojos de Valverde, significaba que Machuca quería una conclusión concreta y tangible, y por lo tanto, se apresuró á darle la siguiente:

—Entonces, lo que usted debe hacer, por lo pronto, es muy sencillo: arrojar al fuego los versos que ha cometido hasta hoy, y hacer como si jamás hubiera usted conocido á Bécquer, porque hay en la vida literaria, lo mismo que en la vida social, amistades comprometidas.

Dicho lo cual, dió un apretón de manos á Machuca y le dejó entregado á sus pensamientos.

A cualquier otro que Machuca, las diversas enormidades que expectoró Valverde aquella noche, le hubieran parecido sencillamente grotescas. Pero al pobre mozo, ignorante, inerte contra la avasalladora suficiencia de Valverde, el discurso de éste le produjo el efecto de una revelación y se imaginó de buena fe que él, hasta ese día, había sido como un enfermo de cataratas y que Valverde era el cirujano que le había devuelto la vista con una incisión de bisturí. A ratos, su buen sentido natural parecía rebelarse contra tanto absurdo; pero ahí estaba el energúmeno de Valverde, en contacto diario con él, para dominarlo, con su aplomo, con su tono de autoridad y con el diabólico refinamiento con que halagaba su amor propio. Un mes después del diálogo que acabo de referir, Machuca ya había vaciado su estilo en los moldes nuevos, y se puso á "orquestrar" (cocinar sería la palabra) versos ininteligibles y macabros. A veces le daba el alba, forjando asuntos nunca vistos y vertiéndolos en una lengua imposible.

—¿Qué te parecen mis *taciturnidades*? preguntaba á Valverde, refiriéndose á un sedicente poema que componía, con mil sudores.



PEREGRINACION DE LA VIRGEN DEL ROCIO PASANDO AL TRAVES DE SIERRA MORENA

CUADRO DE JOSE M. CARBONERO

—Es algo muy potable, contestaba el implacable Valverde, pero todavía se notan rasgos en tí que acusan tu origen clásico. Por lo demás, no es raro que esto te suceda, porque yo mismo todavía no logro independizarme del todo.

Un buen día, se anunció en los diarios que en la próxima velada del Ateneo, el poeta don Desiderio Machuca, entre otros, iba a recitar su poema "Cleopatra".

Había aquella noche, en el Ateneo, la concurrencia de siempre: estudiantes, profesores, señores, hijas y hermanas de profesores. Con una voz monótona y rauca, como la salmodia de un moscardón, Machuca, cuando le llegó su turno, comenzó a leer una cosa interminable y caótica. Y aquello hubiera concluido en un simple bostezo general, si el cansancio no se hubiera convertido, en la concurrencia, en otro sentimiento: la compasión. Y este brusco cambio de frente en el alma del público tuvo lugar por efecto de que, allá por la mitad del poema, las únicas palabras que el auditorio alcanzaba a percibir distintamente, eran de una obscenidad rebuscada y prolija. Nadie pensó en ruborizarse por esto, sino que, a la vista de aquel pobre muchacho inelegante y mal comido, que delataba por todas partes su origen campesino y que perdía su tiempo en escribir suciedades, todo el mundo se puso a compadecerlo, a él y a la pobre familia que, allá en provincias, lo creía entregado a la tarea de hacerse un hombre sano y útil. Esta lamentable impresión dominó de tal modo al público, que, al concluir Machuca su lectura, nadie se acordó de ser bien educado, y el poeta hubo de bajar de la tribuna en medio de un silencio religioso, sólo interrumpido por un par de manos que aplaudían en un extremo de la sala. Era el aplauso de Valverde.

A la salida, Valverde abrazó efusivamente a Machuca. Caminaron algún rato en silencio, hasta que Valverde creyó conveniente convencer al orador de que los únicos culpables de lo ocurrido habían sido ambos, puesto que se habían figurado que la poesía—la verdadera poesía—podía ser apreciada por la recua de pedagogos que se dan cita en el Ateneo para dormir.

Hubo un nuevo silencio, que el orador ocupaba en asistir a la lucha que trababan, en su interior, su vanidad con la aplastadora reprobación del público, mientras Valverde tronaba para sus adentros contra la imbecilidad humana en general y la imbecilidad burguesa en particular. De improviso, como herido por una gran idea, Valverde dijo a su amigo:

—A mi juicio, la única manera de imponerse a esta canalla, sería que publicaras un volumen, sin lo cual tanto genio como tú tienes, quedará perdido.

¿Un libro! Y cómo iba a publicar un libro, en esta tierra sin editores, él, Machuca, que apenas tenía con qué comer!

La dificultad no pareció muy grande a Valverde.

—Todo lo que se quiere, se puede, dijo. A pesar de tu pobreza, no puedes negarme que haces a veces gastos inútiles: juegas al billar, bebes copas. Pues bien, evita esos gastos. Además, te puedes ingeniar para sacar algo de tus padres.

Machuca vivió desde entonces con la idea fija del libro. Un pequeño aumento de sueldo que le habían concedido en la oficina, fué ahorrado. Pidió dinero a sus padres para mandar a hacer un terno, que no se hizo: nuevo fondo para el libro. Al cabo de cuatro meses, tenía reunidos como cuatrocientos pesos, que representaban la privación de muchas cosas indispensables. Una enfermedad grave que le sobrevino lo hizo gastar doscientos, y fué necesario comenzar de nuevo. Para evitar detalles, apareció, en conclusión, el libro, en impresión nada ordinaria, y Valverde y el autor se pusieron a esperar, primeramente, que la crítica (la crítica inteligente, por supuesto) colocara el libro en las nubes, y, en segundo lugar, que el volumen se agotara en poco tiempo. Me olvidaba decir que Valverde había prologado a su amigo.

Pasaron quince días, y el público ignoraba todavía tan completamente como es posible que habían salido a luz los *Introiditos* (era el título). Por fin, apareció en un diario un artículo en que lo menos que se decía de Machuca era llamarlo idiota. Luego vino otro artículo en "La Patria", firmado por un crítico que en aquel tiempo gozaba de cierta boga, sin que él mismo se explicase por qué. Esta modestia era absolutamente legítima, porque sus críticas se reducían a decir cada perogrullada del tamaño de una casa, tal vez a consecuencia de esto mismo (¡tales están los tiempos!) llegaba a parecer original. Lo positivo es que sus artículos no aburrían, pues se ingeniaba de modo de intercalar aquí y allá algún cuentecillo, o alguna idea general de una inocente pedantería, que a él le granjeaba la patente de leído y le daba al criticado la ilusión de que su obra no carecía de alcance, aún filosófico. Y eran precisamente algunos

de los autores que se habían visto tratados trascendentalmente por el crítico y sorprendidos de saber que habían puesto en sus versos o prosas mucha más intención de la que ellos mismos pensaban—eran estos autores, digo, los que contribuían, agradecidos, a sostener su autoridad, encomiándolo doquier. En el artículo dedicado a Machuca, por excepción, no había intercalada una teoría estética, sino que llanamente, como lo exigían las circunstancias, daba el crítico al poeta, medio en broma, medio en serio, algunos consejos de buen sentido universal. Concluía expresando por lo obvio que fuera de todo lo que él manifestaba, había otra cosa todavía más obvia para él: y era que el poeta Machuca no iba a hacer caso de sus advertencias, sino que iba a ser tratado por el poeta de imbecil, de filisteo—y de incomprensible!

En la tarde de ese mismo día, Valverde subía las escaleras de "La Patria", y encontró en el hall al secretario de redacción, un mozo modesto, que tenía aficiones literarias y que no carecía de buen gusto, pero que jamás se había atrevido a publicar nada. Los hombres como éste son legión en Chile y cuando uno ha intimado con ellos se convence de que lo mejor, lo más selecto del pensamiento nacional está entre los que no escriben.

Al ver a Valverde, el secretario le dijo:

—Acabo de leer el artículo que X. ha consagrado a los *Introiditos* de su amigo Machuca. Todo lo que allí se dice es la pura biblia, porque usted convendrá conmigo, compañero Valverde, en que usted y Machuca están abusando del derecho de ponerse en ridículo.

Valverde, con el más desdenoso de sus gestos y con el más perentorio de sus tonos, le contestó:

—X. es un patán. Estamos en una época de audaces en que cualquier anónimo pretende inmiscuirse en las cosas del arte. ¿Si podrá X. o usted, por ejemplo, comprender a Machuca, cuando yo nótele usted bien, yo mismo, apenas lo comprendo! Porque, hay que decirlo de una vez por todas, Machuca es sencillamente un ser superior, un superhombre!

Valverde, erguido, hierático, continuó su camino, dejando a su interlocutor con un palmo de narices.

Han pasado dos años desde los sucesos anteriores. ¿Qué es de Machuca? ¿qué es de Valverde? Ambos están inconocibles, física e intelectualmente. Machuca es el autor de esas dos obras maestras que se titulan: "Canto al Sol de Septiembre" y "El Poncho", y de las cuales pocos chilenos dejan de conocer de memoria algunas estrofas. Valverde es el conocido prosista, autor de la novela "Bajo los álamos...", de la cual se han tirado ya cuatro ediciones.

El primero que desertó de las estéticas nuevas fué aquel de quien menos podía esperarse un transfugio: Valverde. Ocurrió que después de haber vagado como repórter por la casi totalidad de los diarios de Santiago, obtuvo un puesto de cierta importancia en "El Mercurio". Se le incitó a escribir en este diario, y no pudiendo hacerlo, como se comprende, en estilo modernista, hubo de hacerlo en estilo humano. Hizo croquis santiaguinos que gustaron. Se le felicitó, se le alentó y, entusiasmado por los aplausos, se atrevió a una novela, que fué un éxito.

Desde hacía tiempo, no vivía con Machuca, y, apenas convertido, eludía por todos los medios encontrarse con este, para evitar acriminaciones. Pero Machuca, que no era un tonto, había apostado a su vez, y se ensayaba en esa poesía a un tiempo simple y honda que es su originalidad. Llegó una ocasión en que no fué posible evitar el encuentro.

—No tienes que temerme, le dijo Machuca, riendo de buena gana. ¡Somos dos burgueses!

Y agregó:

—¿Qué horribles, que impuros seres debemos ser para los muchachos que, a nuestra semejanza, están ahora conquistando la gloria en Santiago, con fórmulas nuevas. Ellos desertarán a su vez, y serán reemplazados por otros, y así sucesivamente. Pero ¿cuál de los dos podría sinceramente avergonzarse de haber sido el loco que fué? ¿Epoca encantadora de la vida aquella en que uno se cree un genio, capaz de descubrir lo que no descubrieron el Dante ni Cervantes! Por lo demás, aquello no ha sido inútil. Llegar a la sencillez, a la verdad, por el camino más largo ¿no es la mejor manera de apreciarla en todo su valor y no tiene ella, así, casi el sabor de un descubrimiento, el atractivo del dinero ganado por el propio esfuerzo y no heredado? Pasa en la vida literaria lo que en la vida sentimental: el ex-libertino es el que está en mejor situación de apreciar la belleza y el agrado del orden doméstico.

ELIODORO ASTORQUIZA

La Tumba de Shakespeare

DESPUES de 1612, Shakespeare dejó definitivamente toda labor literaria, y en su retiro silencioso de New Place, ocupado en trabajos oscuros y jornaleros, aguardó la muerte. Restauró con su propio esfuerzo el patrimonio familiar comprometido por su padre, aseguró su propio bienestar y el de los suyos y tuvo la satisfacción de adquirir de nuevo la casa en donde había visto la luz. Nada en su vida que no fuera sensato, equilibrado, normal. La asendereada tesis de que "todo genio es un loco", que algunos se dan á prohiar con la esperanza, sin duda, que por extensión cabe también la inversa "todo loco es un genio", encuentra en el trágico inglés, el más genuino de los genios, una terminante infirmación. El, como Cervantes en su existencia y en su obra, simboliza la saludable reacción del buen sentido y de la sana mentalidad contra toda suerte de desafueros, perversidades y desequilibrios literarios.

En parte alguna de su correspondencia ni de sus papeles íntimos recogidos con pulcro esmero y nimio, se encuentran ni alusiones á sus obras ni á sus relaciones literarias; parece que el poeta exento de vanidades si comprendió alguna vez no dió importancia alguna á su predominante posición en el mundo intelectual; es además notorio su hastío—que él no se cuidaba de ocultar,—por la literatura y por los profesionales de la literatura.

El que escribe estas líneas repetía ahora años con verdadera unción estos sonoros versos que Larmig pone en boca de Milton:

"Vi al cantor de Julieta y de Romeo
Pobre bajar á su inmortal ocaso..."

que son como premisa de estos otros:

"No hay pensamiento grande que no sea
hijo de un gran dolor..."

Versos, hermosos versos, pero no verdades, á lo menos en cuanto se refiere "al cantor de Julieta y de Romeo". No recuerdo si es "pobre" ó "triste", como dice el bardo español; pero en todo caso Shakespeare no bajó á su ocaso inmortal pobre ni triste. En cuanto á ese gran dolor generador único de los grandes pensamientos, no lo tuvo en grado mayor que cualquiera de sus contemporáneos; en cambio sus pensamientos son los más grandes que mente humana haya producido jamás.

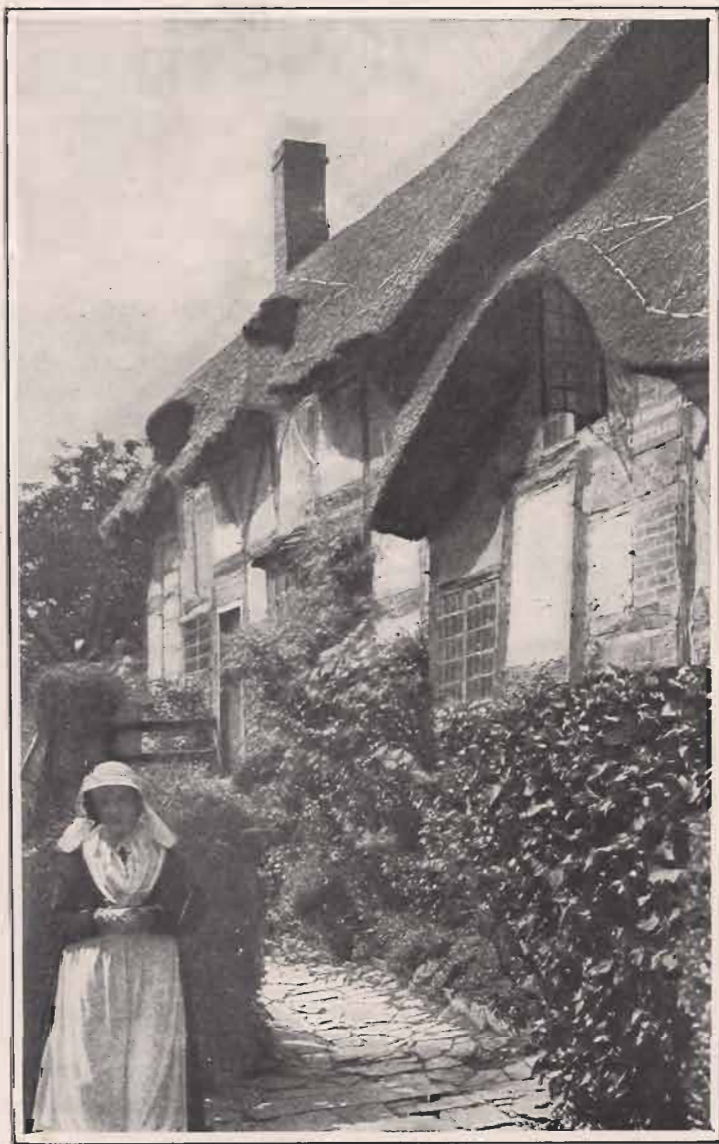
Después de período tempestuoso y febricitante de la creación, el poeta entró en la serenidad. "Cuento de Invierno" y la "Tempestad" son las floraciones melancólicas de esa declinación otoñal y valen por cierto lo que los ramos multicolores y perfumados de Mayo de "Romeo y Julieta". El pensamiento del "más allá" desciende silenciosamente sobre la obra de este período, como las primeras nieves sobre un campo no desnudo aún de las regias vestiduras del verano. El pensamiento de lo efímero que ya había asaltado á Macbeth cuando dijo:

"La vida no es sino una sombra errante; es un pobre actor que se agita una hora sobre la escena y después no se vuelve á oír; un cuento referido por un idiota, lleno de ruido y de furor y que no significa nada". Ese sentimiento, digo, se ha enseñoreado ya de la mente del poeta cuando exclama por la boca de Próspero: "Somos hechos de la misma tela que nuestros sueños." Estas palabras, blando arrullo á la inquietud del vivir, anuncian que se acerca el invierno de la existencia: el mago Próspero, rompe, antes de que la sombra llegue, la varilla de los conjuros y la oculta donde nadie la ha podido encontrar. Cuando Ariel—ese espíritu de arpa milagrosa que ardía en su interior—volvió al éter, libre de su cautividad, el poeta también cruzó en silencio el umbral de la suprema liberación...

El verdadero monumento digno de Shakespeare es su tumba. Nada he visto en cuantas son las tierras que conozco, tan poéticamente evocador como el cementerio y la iglesia de la Trinidad, orillas del Avon. No lejos de la población levanta el campanario su aguda flecha normanda, tallada de un gris apacible que el cristal del río refleja en medio de los tilos, de los olmos, de las encinas y de los tejos; al pie mismo de la torre, un sauce riega su ramaje sobre el río como para acariciar el blanco sueño de Ofelia que se deslizara en la corriente.

Una sosegada avenida de los tilos, circuida de tumbas que arroja un césped siempre verde y en donde duermen los "rudos padres de la idea", conduce á la iglesia parroquial, vieja de más de siete siglos y en cuya arquitectura armonizan discretamente la sencillez sajona y la gracia normanda. La avenida de follaje, se dice, es un trasunto de la que existió en tiempo de Shakespeare, y en donde él solía pasear en sus cansados días y por donde fué conducido á su mansión postrera.

El edificio, construcción sin duda de diferentes épocas, exhibe la forma de una cruz que corona una torre cuadrangular con aguda flecha gótica; toda está esculpida con la severa elegancia de las postrimerías de la Edad Media.



La última cuidadora, Mrs. Baker, en el jardín de Ana Hathaway

Discreta luz, tamizada al través de los vidrios pintados de las ventanas góticas, alumbra indecisamente el interior de la iglesia á donde se penetra con religioso recogimiento: allí está enterrado Shakespeare.

Los templos góticos hacen meditar; la ligereza aérea de las columnas, el atrevido arranque de los arcos, el rosetón luminoso sobre la sombría nave, todo realza la solemne gravedad del conjunto; es el sentimiento del infinito esculpido en las líneas del duro bloque, la elevación fervorosa de la edad mística y ardiente que hizo á su Dios la ofrenda de aquellas flores simbólicas de piedra. La nave principal está separada de las laterales por columnas que soportan seis arcos decorados. Hacia el occidente se abre una ancha ventana ojival, encima del santuario otra más alta y al lado de esta un busto del poeta, colocado allí siete años después que él muriera y cuyas facciones fueron copiadas de la mascarilla que se tomó directamente de la cara del muerto. Debajo del busto se lee la siguiente inscripción:

"Judicio Pylliun, genio Socratem, arte Maronem Terra tegit, populus maeret, Olympus habet".

Y más abajo unos versos ingleses que dicen:

"Detente pasajero, ¿por qué te vas tan de prisa?—Lee si puedes quién es aquél, colocado por la envidiosa muerte—dentro de este monumento: Shakespeare, con quien—la vívida naturaleza murió; cuyo nombre adorna esta tumba—mucho más que el mármol, pues cuando él escribió—supo convertir el arte en mero paño servidor de su ingenio.

Obit Anno 1616. Actatis, 53 Dic. 28 Ap."

Al pie del busto y frente al altar, á flor de tierra y como regadas irregularmente en el pavimento, aparecen cuatro piedras tumulares negras con inscripciones blancas: en una de ellas se lee, no sin una profunda emoción, el epitafio del poeta, escrito por él mismo, que copio con absoluta fidelidad:

"Good frien for Ivsus aske forbear
To digg the dvst encloased heare;
Blest be, man tv,spares this stones
And evrst be he yt, moves my bones."

(Buen amigo, por Jesús abstente de—remover el polvo encerrado aquí—bendito sea quien esta piedra respete—y maldito el que toque mis huesos).

Y es todo. Esa es la tumba del poeta.

Su voluntad postrera ha sido cumplida; en la Abadía de Westminster, panteón de las glorias del Imperio, en lugar preeminente, erigida está su efigie y reservado su sitio; pe-



Rincón de los poetas en la Abadía de Westminster

ro su polvo yace en Trinity Church y allí permanecerá para siempre en reposo inviolado.

Largo tiempo estuve contemplando aquel sepulcro sencillo, convertido por el culto universal en "Santo sepulcro". Ante aquella ara de veneración inmutable, parecióme que una luz nueva penetraba en mi mente y con ella una especie de íntima compenetración con aquella vida, una inteligencia más alta y comprensiva de aquella obra. Cuando salí del santuario las aves cantaban en las ramas desnudas y un sol de Diciembre había disipado ya las persistentes nieblas de la mañana é imprimía su beso tibio y luminoso sobre las piedras de la iglesia, sobre los troncos negruzcos, sobre los verdinegros musgos, sobre las aguas profundas... y más allá del río extendía su campo de luz, como un velo diáfano, sobre la verde serenidad de los campos.

CARLOS ARTURO TORRES



La casa de la calle de Henley, Strafford, donde nació el poeta



PRIMERA AUDACIA, PRIMER CALOFRÍO

Mme. V. DEMONT-BRETON

LOS DIOSES GRIEGOS



BAJO la luz de la luna, brilla el mar como el oro en fusión; una claridad que parece diurna y tiene la encantada suavidad de las noches, ilumina la vasta playa, y en el azul del cielo sin estrellas flotan las nubes blancas como colosales figuras de dioses talladas en mármoles brillantes. No; no son nubes! Son los mismos dioses de Hellas que antes gobernaban tan alegremente el mundo, y que ahora, después de su caída y á media noche vagan por el cielo, espectros gigantescos.

Fascinado contemplaba ese Panteón aéreo, esas colosales figuras que se movían silenciosas. He allí á Kronion, y el rey del cielo; los inviernos han nevado sobre los bucles de sus cabellos que al agitarse estremecían el Olimpo. En la mano tiene el apagado rayo; nada ha perdido del antiguo orgullo, su rostro donde moran la desgracia y la ansiedad. Oh, Zeus! eran mejores tiempos aquellos, cuando saciabas tus celestes codicias de ninfas, de efebos y de hecatombes; pero los dioses mismos no reinan eternamente; los más jóvenes arrojan á los viejos, como tú, antes, arrojaste á tu viejo padre y á tus tíos los Titanes. Te reconozco también, Juno orgullosa. A despecho de las cábalas celosas, otra ha tomado el cetro y ya no eres la reina de los cielos, y tu mirada se inmoviliza, y tus brazos de lis son impotentes, y tu venganza no hiere á la joven que encierra en su vientre el fruto divino, ni al hijo milagroso del dios. También te reconozco, Palas Atenea. ¿Con tu egida y tu sabiduría pudiste impedir la ruina de los dioses? Y también á tí, Afrodita, en otro tiempo de cabellos de oro, ahora de argentada cabellera! Cíñes aún el famoso cinturón de seducción; empero, me causa terror secreto tu belleza, y, si al igual de otros héroes, debiese poseer tu

bello cuerpo, moriría de angustia. Eres ya sólo una diosa de la muerte. Venus Libitina!

El terrible Arés, ya no mira amoroso á su lívida querida. El joven Febo-Apolo inclina la cabeza, tristemente. Su lira, que resonaba alegremente en el banquete de los dioses, está destemplada. Hephaistos parece aún más sombrío y, verdaderamente, el cojo ya no usurpa las funciones de Hebe, ni vierte ya, apresurado, el dulce néctar á la asamblea celeste... Y tiempo hace que no vibra la inextinguible risa de los dioses...

Jamás os amé! viejas y clásicas divinidades; no obstante, se apodera de mi corazón una santa piedad y una ardiente compasión, cuando os veo, dioses abandonados, sombras errantes, nebulosas imágenes que el viento dispersa; y cuando pienso en lo cobardes é hipócritas que son los dioses que os vencieron, zorros ávidos bajo la piel del humilde cordero, oh!... entonces de mí se apodera sombría cólera, y querría derribar los nuevos templos y combatir por vosotras antiguas divinidades, por vosotras y por vuestro buen derecho perfumado de ambrosia; y ante vuestros altares cargados de ofrendas, querría adorar y orar, alzados los brazos suplicantes!... Verdad es que en otros tiempos, oh! dioses, en las batallas de los hombres tomásteis siempre el partido de los vencedores; pero el hombre tiene más generosa alma que vosotros, y en el combate de los dioses, yo tomo el partido de los dioses vencidos.

Así hablaba, y en el cielo aquellos pálidos simulacros de vapores enrojecieron sensiblemente y me miraron con mirada agonizante, como por el dolor transfigurados, y bruscamente se desvanecieron. La luna acababa de ocultarse entre las nubes, cada vez más espesas; el mar elevó su voz sonora, y en la bóveda celeste surgieron victoriosas las estrellas eternas.

HENRI HEINE.



EGIPTO Y EL NILO

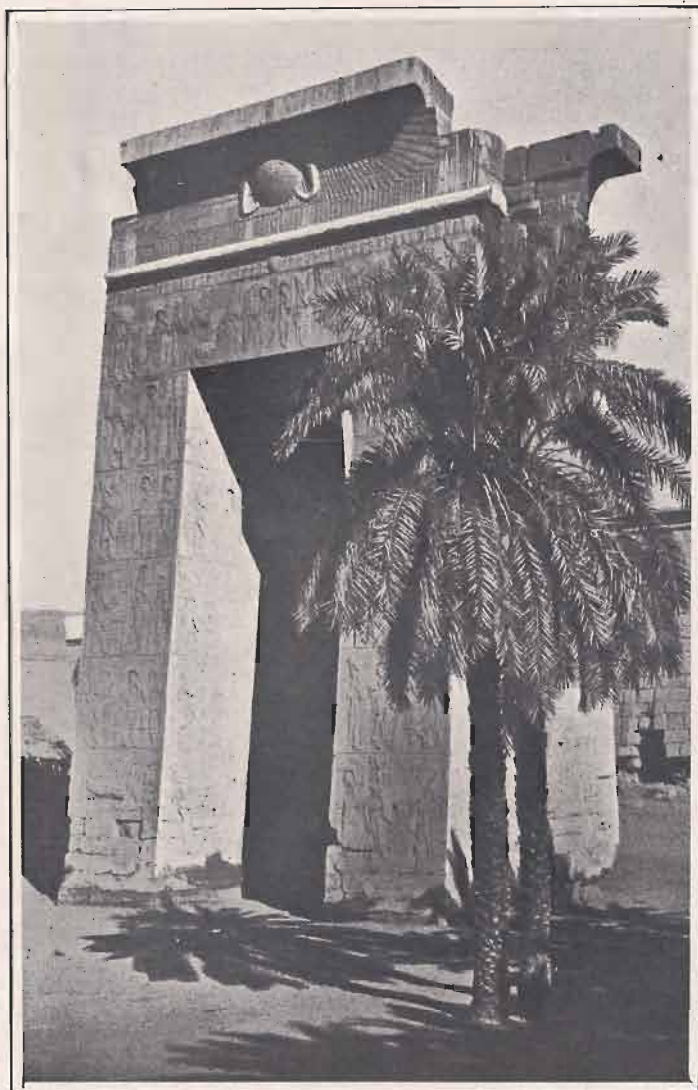
¿Habéis estado alguna vez en Egipto? ¿Nó? Pues yo tampoco. Sin embargo, la lectura de los libros nos permite ha-

blar de los países con tanto desparpajo como si hubiéramos nacido en ellos. . . . Así es conocido el caso de un escritor español que publicó notabilísimos artículos en un diario de Madrid refiriendo las célebres fiestas de la inauguración del Canal de Suez, sin haber salido de España; y lo más curioso es que eran todavía más interesantes que las de los corresponsales que verdaderamente habían estado allá, en el propio canal.

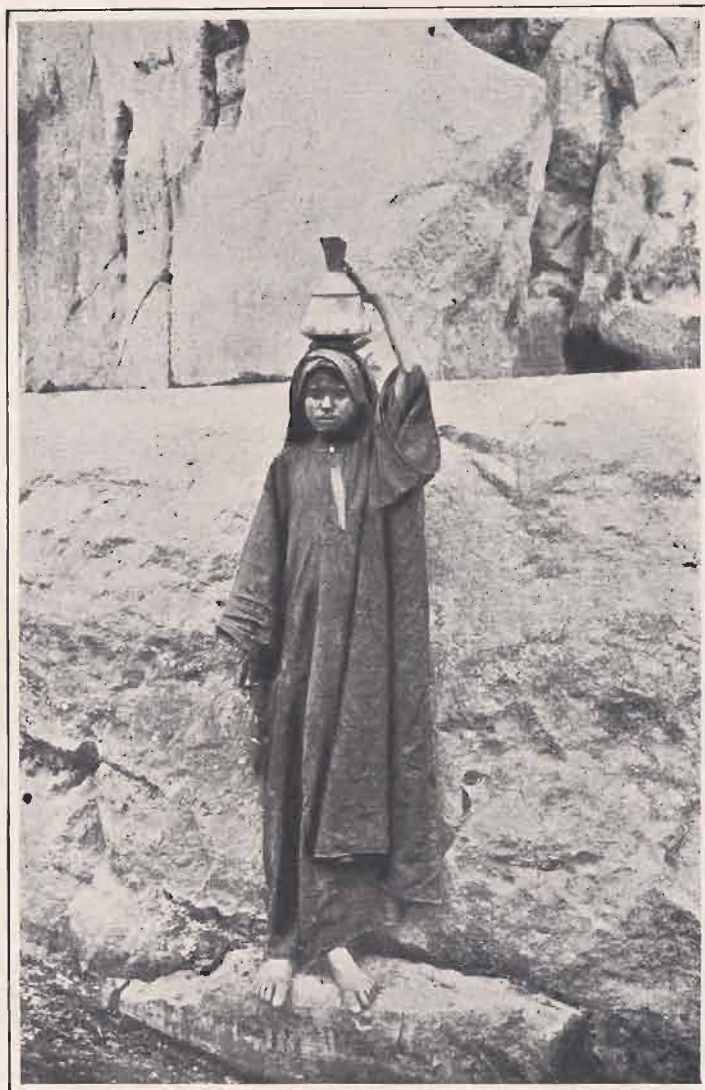
El Egipto se encuentra colocado, como todos saben, en el ángulo nordeste del continente africano. Es el producto de un río, es el hijo del Nilo que desciende con vigoroso empuje de la región de las altas montañas. Al norte le bañan las aguas azuladas y mansas del Mediterráneo; al sur desciende de las altas rocas de las cuales se desprenden rugiendo sus cataratas, con gran estrépito entre Arsuan y Filae. En tanto que otros países reciben del cielo todo género de bendiciones, el Egipto sólo ha recibido del cielo una, el agua que convierte sus tierras en las más fértiles del mundo, gracias á su famoso légamo que durante las grandes creces fertiliza los campos, convirtiéndolos en graneros del Mediterráneo. El Nilo es el generador de ese país, ha sido y es lo que exclusivamente le alimenta. Los territorios que él no baña con sus aguas son horribles pá-

ramos. Por eso Túnez, región contigua, no da mucho de sí, de igual manera que Trípoli, teatro de la guerra de conquista de Italia, envuelto en desiertos sin una gota de agua, á no ser en los oasis que son de extensión reducida. Por todas partes el desierto se extiende terrible y árido, en sábanas candentes de arena. En cambio los lugares regados por el Nilo son lugares de vegetación espléndida.

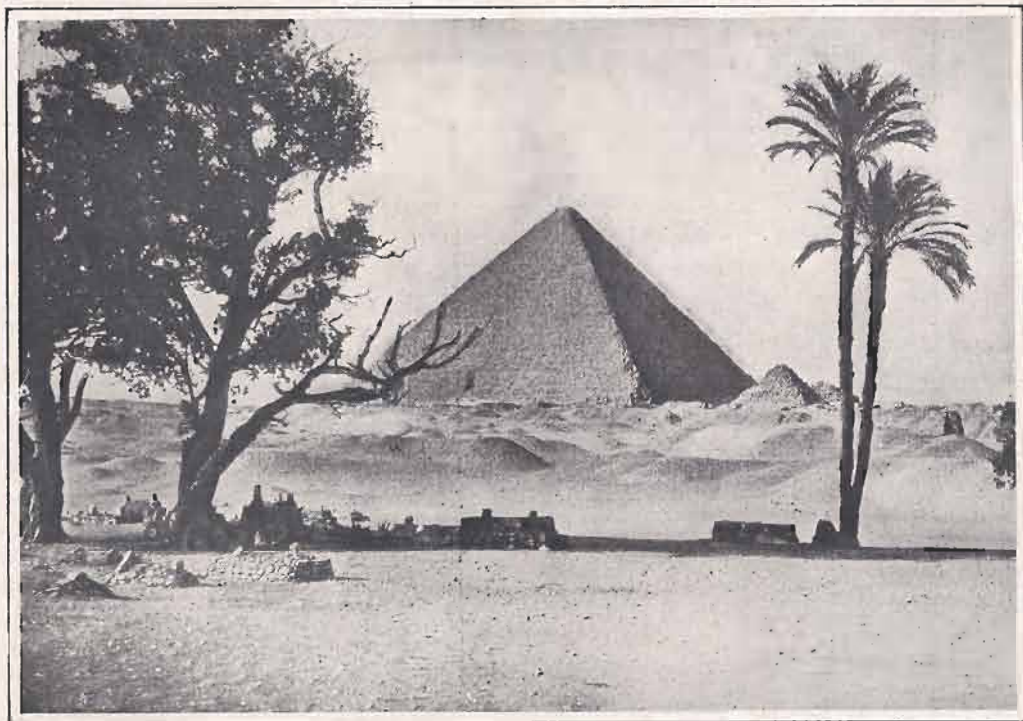
Solamente en nuestros días se ha logrado conocer los orígenes de este río que para los antiguos egipcios eran un misterio; y de tal suerte ignoraron los orígenes, que les tenían por misterio sagrado que sólo era dado averiguar al hombre una vez que se hubiera despojado de su envoltura corporea. Creían los antiguos que las fuentes de ese río estaban escondidas en paraje misterioso y sólo de los dioses conocido. En el famoso libro de los muertos, colocado junto á las momias, se determinaba que sólo después de catorce estaciones podían estos llegar á las fuentes del verdadero Nilo. Su extensión es tal que podemos acaso considerarlo como el más largo del mundo, corre entre desiertos y sólo tiene un afluente el Athbara, que desemboca en su orilla oriental un poco más abajo de Karthum. En toda esta extensión, dice un geógrafo, que revela una pendiente de trescientos cuarenta y ocho metros—tiene que atravesar terrenos exclusivamente de consunción, pues solo recibe las aguas que durante el invierno azotan sus montañas, entre la orilla derecha y el Mar Rojo. Así se explica que este río—el más largo del mundo—aún en los puntos en que no se ramifica ni se presenta estrecho entre los peñascos



Entrada del Templo de Khonsu



Aguadora egipcia



La gran pirámide del desierto

que á su orilla se levantan, rara vez ofrezca las admirables perspectivas que admiramos en los ríos de la Rusia Europea. El Nilo alcanza una anchura de mil metros un poco más abajo de Karthum. En su curso tortuoso por los áridos desiertos del grado 5 de latitud, una gran parte de su su caudal de aguas se pierde por evaporación y por filtración—causa probable de las profundas aguas subterráneas de los oasis en los desiertos tibios—y sobre todo á consecuencia del sistema de canales de regadío. El Nilo en extensión sólo tiene un rival, el Amazonas.

El Nilo tiene grandes creces periódicas durante las cuales se desborda y lo inunda todo dejando solamente visibles las aldeas colocadas en lo alto de las colinas. La antigüedad ignora en absoluto las causas de estas creces periódicas y sólo en nuestro tiempo, merced á las grandes y audaces exploraciones de nuestros días se ha venido á conocerlas. Al estudio de esas causas se dedicaron numerosos sabios de la antigüedad, y lo más curioso del caso es que aquella que Herodoto consideraba como absurda, ha sido comprobada como la causa verdadera, es decir, que las aguas del África ecuatorial, por él tan combatidas, son las que producen las creces del río. Cuando termina el horrible período de sequía en las cokarcas fuentes de la zona tórrida, cuando en estos sitios azotados por cálidos vientos el aire se hace más pesado y sofocante y las nubes se amontonan en la atmósfera formando grandes masas hasta que se desencadenan todos los elementos; cuando en medio de la lluvia y del estampido del trueno el fulgor del rayo recorre todos los ámbitos de la bóveda del cielo y el agua se precipita en tal cantidad y con tal fuerza que parece quisiera destruir la tierra con el agua y el fuego; cuando las grandes masas de aquellas lluvias tropicales, después de haber unido de nuevo aquellos terrenos que parecen separados por abismos, se deslizan en forma de torrentes, entonces comienza á llenarse el lecho del río. De día en día comienza á elevarse su corriente hasta que, al cabo de algunos meses, llegando á su altura máxima, derrama su corriente fertilizadora, por aquellos sedientos campos que jamás reciben los beneficios de la lluvia, inundando por todas partes el valle.

Los terrenos que componen el delta del Nilo han debido formarse por obra de lenta y larga tarea de acarreo de las aguas del río que depositaban su légamo en la desembocadura. En la extremidad septentrional del río se forma un largo valle. En el extremo septentrional de este largo valle, un poco más abajo del Cairo, en el punto en que la

corriente del río se bifurca, aquella lengua de tierra se extiende hacia el norte formando una llanura cuya amplitud aumenta progresivamente, llegando hasta tener cuarenta leguas de ancho; esto es lo que se llama el delta, á través del cual, la corriente del Nilo, dividida en muchos brazos y canales llega al término de su carrera.

El valle que éste atraviesa, no nos ofrece en sorprendente belleza aquellos variados cuadros de comarcas que ostenta en las peñascosas orillas del Nilo nubio, ó más hacia el sur, en los magníficos alrededores de sus orillas cubiertos por una espléndida vegetación tropical, sino que por el contrario el valle egipcio del Nilo ofrece un aspecto monótono en una grande extensión. Monótono en la forma de las montañas, que se aproximan ora á la orilla derecha, ora á la izquierda; monótono en gran parte en los terrenos cultivados, que se extienden en ambas riberas; y monótono

en cuanto á las poblaciones que á derecha é izquierda se levantan. Siempre encontramos las mismas chozas de color de tierra, construídas con adobes fabricados con el limo del Nilo, que el viento se encarga de secar, y al rededor de las cuales se alzan algunos grupos de palmeras, sicomoros y mimosas, y entre los cuales sobresalen algunos esbeltos minarettes ó los palomares situados en el piso alto de las viviendas y que tienen forma de torres. El cielo es azul, de un intenso y hermoso color, que aparece vívido y palpitante, contrastando con el color de los inmensos desiertos; su belleza es encantadora cuando los brillantes rayos del sol de oriente las bañan.

Este valle del Nilo constituye un fresco jardín de verdor en medio de las rojas y tristes laderas de las áridas montañas que lo circundan, entre tanta arena muerta y tantas rocas incultas viene á ser un oasis que respira vida y que cubierto la mayor parte del año de una espléndida vegetación,



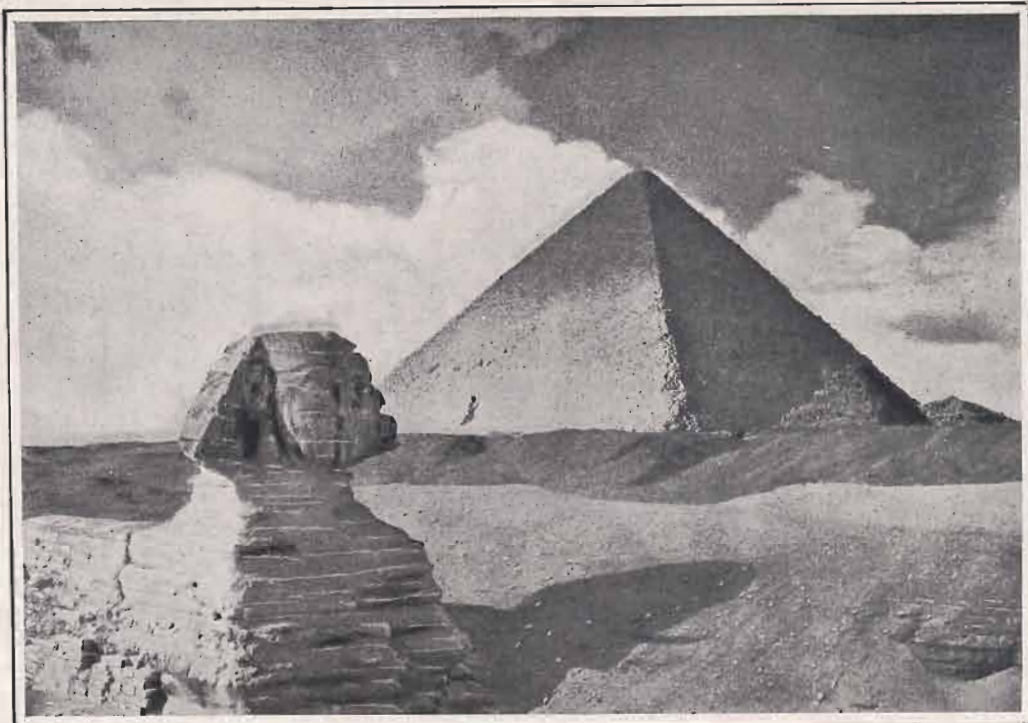
Casas nativas, Karnak

asegura dos ó tres cosechas por año á sus habitantes.

En aquel territorio de maravillosa fertilidad se levanta un pueblo cuya historia ha influido poderosamente en el desarrollo de la humanidad por la influencia que tuvo sobre los griegos.

Mientras casi todas las grandes obras de los demás pueblos han desaparecido, destruidas por la acción del tiempo, las de los egipcios han desafiado victoriosamente y resistido sus ataques. Allí están las pirámides, levantando sus prodigiosas moles sobre los arenales del desierto, hasta producir admiración en el ánimo de Napoleón I: "Desde lo alto de las pirámides cuarenta siglos nos contemplan", exclamaba, sin poder contener la agitación de su espíritu. Sobre la extensión inmensa del desierto gris aparecen las formas imponentes de las pirámides, como gigantes, que lo dominan; es increíble que los hombres hayan podido acarrear dos millones trescientas mil piedras para la sola pirámide de Cheops, y cada una de estas piedras tiene cuarenta pies cuadrados cúbicos; semejantes piedras eran traídas de inmensa distancia y se empleaban pueblos enteros en semejantes construcciones—cien mil hombres en una sola, durante veinte años—es verdad que se aprovechaban los períodos de las inundaciones durante las cuales quedaban desocupados numerosos trabajadores. Los reyes egipcios querían tener sepulcros suntuosos, querían engrandecerse hasta en medio de la muerte que era para ellos el comienzo de la vida, un instante en la sucesión de los tiempos y en la marcha hacia la eternidad.

Así como se depositaba á los monarcas de Tebas en sepulcros perforados en la montaña, al trasladar la capital á Menfis quisieron sus descendientes levantar montañas artificiales para hacerse en ellas sus tumbas. Tales fueron las pirámides. Otros pueblos en América, como los mejicanos,



La gran Pirámide y la esfinge

hicieron el templo de Cholula, con mil trescientos cincuenta pies de base y ciento setenta y ocho de altura. En lo interior de las pirámides encontramos galerías, laberintos y pozos que se ocultan y aparecen con una labor misteriosa y desconocida, hasta llegar á la cámara del sarcófago real. Son inmensas contrucciones subterráneas, de variada altura.

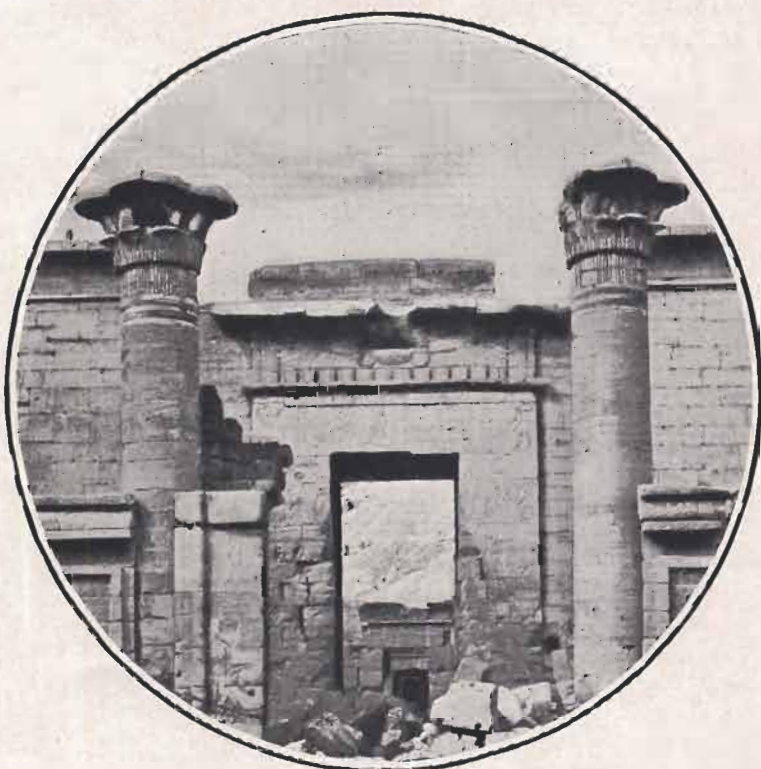
La historia del Egipto reflejada en sus monumentos, es una sucesión de conquistas; allí vemos pasar á los romanos y á Marco Antonio seducido por la belleza de Cleopatra; asistimos á sus orgías, en las cuales parece haberse agotado cuanto la seducción y el placer humano habían inventado en materia de refinamientos y de encantos, hasta el momento en que la divina y seductora reina, desdeñada por César se hacía picar por el aspid que le daba la muerte. Luego sus sacerdotes transmitían sus maravillosos descubrimientos astronómicos al silencio de su casta. Los filósofos de Alejandría daban nuevos rumbos al espíritu; el cristianismo iniciaba la conquista de las almas. Vienen los turcos y establecen la dominación del Corán que persiste á pesar de todas las tentativas y que el mismo Bonaparte se ve precisado á respetar.

Hoy día el Egipto, dominado por los ingleses que ahí defienden el camino de la India, es una estación de invierno, en donde se reunen los viajeros de toda Europa, en busca de un clima suave y benigno.

El Cairo, su capital, es una ciudad de carácter enteramente mulsumán, y conserva los caracteres de la raza que la construyó. Sólo tiene una plaza verdaderamente tal, la llamada Lesbekieh y el Musqui su única calle larga. El Musqui es el centro europeo de su comercio, en donde parecen las tiendas de armeros, perfumistas, caldereros, cinceladores, fabricantes de admirables bordados, y de los curiosísimos objetos de carácter netamente oriental. Las tiendas no tienen trastienda visible; los vendedores y los compradores se sientan en el suelo y discuten largamente y regatean como nosotros, que sin duda hemos heredado de los árabes tan detestable costumbre.

Por todas partes los vendedores ambulantes instalan sus pequeñas tiendas; especies de paneras de palma, donde van las frutas, los higos chumbos, los alfeñiques. Por todas partes hay cantantes y poetas al aire libre, así como saltimbanquis, que hacen pruebas con perros, cabras, monos, etc., Algunos juglares se comen estopa ardiendo y arrojan en seguida hilos de colores por la boca.

Por todas partes hay cafés, bastante desaseados, en sa-



Pequeño templo de Ramses

las bajas y húmedas, á cuyo alrededor se sientan los árabes con las piernas dobladas.

Por todas partes calles estrechas y tortuosas, por donde parecen bazares en los cuales se vende todo género de mercaderías, bajo tiendas cubiertas con esteras, y toldos de lona ó de estera: allí se ven de ámbar, pipas, mantones de mujer, zapatillas, trajes de seda, bordados de oro, mil baratijas de todos precios y calidades. Allí suelen aparecer mu-

jerres pero completamente invisibles, ocultando sus encantos al mundo entero.

Es una de las características del Oriente, la clausura estricta en que la mujer vive, separada del mundo y entregada exclusivamente al hogar que es al mismo tiempo la prisión, como tan hermosamente lo ha señalado Lotti en un admirable libro.

F. R.

El Reino Misterioso de las Palabras



ODEIS estar firmemente convencido de que procuro desentranarme y decir mi verdad cuando me resuelvo a ir hacia vosotros desde mis moradas interiores. Por esto es que ahora proclamo que existe el *Reino Misterioso de las Palabras*. Cansado estoy de oír a ciertas gentes que dicen en són de pugna mofadora: "Palabras, palabras, palabras", así se trate de una brillante elocución o de una bella y polifona estancia lírica. Tales gentes demuestran por tal manera, que jamás comprendieron la expresión shakespiriana. Pero también hay quienes así encubren un sentimiento envidioso y se revuelven en su impotencia y en su ñoñez. Porque siendo como son las palabras, los signos emblemáticos de la Naturaleza deben ellas ser admiradas en su sencillez, en su candor, ó en su fuerza y majestad.

Así como en el mundo que está fuera de nosotros, hay hermosas cordilleras casqueadas de nieve blanquísima, y hermosas selvas de árboles sonoros, y de torrentes irritados, ó arroyuelos gárrulos y meditadores, ó valles pensativos, ó jardines vistosos con la exuberante policromía de las flores de sus arriates, del mismo modo en los dominios del espíritu van las ideas y las palabras aparejadas en tal graciosa hermandad. Mas también es necesario declarar que hay terrenos eriales, ó raquíticos de vegetación por carencia de los elementales jugos de vida; en otros sólo reinan los cañaverales.

No me parece que digo una novedad si afirmo que las palabras tienen un alma. Hay unas que la tienen grave y llenas de majestad, y estas son de la más insigne prosapia; hay otras que tienen un alma virginal, otras tempestuosa, otras aguda como un toque de clarín. Cuando todas estas distintas salen á las blancas praderas dirigidas sabiamente por el dominador y el evocador, se diría que se produce la divina orquestación de las más hermosas criaturas.

Hay palabras que por sí solas tienen un valor múltiple ó que tienen cien facetas diamantinas, y otras una sola faz; pero tanto las primeras como las segundas pueden adquirir los más portentosos matices y experimentar las más sorprendentes modificaciones en su espíritu y en su valor según la disposición genial; ó más vulgarmente dicho, según la colocación lapidaria que les dé el arquitecto en la obra de marmolería. Pero bien puede suceder que aún las de insigne prosapia sufran profanación y eclipse en las burdas manos de un zafio picapedrero. Y aquí es precisamente, en este punto del talento y del esfuerzo que se gaste en la combinación de estos bienaventurados símbolos de la Naturaleza, donde reside todo el toque de la cuestión. Pero también lo dificultoso está en remozar las palabras que han perdido su virtud en el ordinario ajetreo. Y cuán pura alegría se experimenta cuando se las puede ver colocadas entre sus demás hermanas como unas doncellitas que ahí llegasen de la fuente con su cántaro de agua viva.

En este reino misterioso de las palabras, ó en esta *sobreranía* misteriosa, si queréis, hay un factor muy importante

que considerar y es el de la ingenuidad en la interpretación del pensamiento y en la traducción de las ideas. Ingenualmente se habla en el más luciente y rutilante lenguaje figurado. Se procede así, como la Naturaleza procede en todas sus cosas, sin esfuerzo, con perfecta *naturalidad*. Así hablaron los hombres primitivos, estrujando, exprimiendo la poesía del firmamento y de la tierra. Fijáos en el lenguaje de los hombres sencillos que están en más íntimo contacto con la Naturaleza: cada palabra ó frase que brota de sus labios os enciende en la más simpática admiración y os proporciona el más puro goce mental.

Soy como una espiga perdida, me ha dicho un joven campesino huérfano. *Tengo la tristeza del mar, de noche*, díjome un marinero insular. Ved después en los grandes libros primitivos que de las palabras ingenuas, sencillas y sinceras procede toda su belleza, y también de esta disposición ú ordenación de que ya he dicho, que en tales libros es obra de prodigio, de intuición y nó de artífice.

En el teatro indio, Sakuntala deja el desierto y marcha en busca de su prometido. Una doncella le dice suspirando: "¡Escucha, escucha! Mira cómo gime el bosque, al ver cercana la ausencia. Las gacelas, de la boca, dejan que caiga la hierba; suspende el pavon sus danzas, y las lianas en la tierra lloran; hojas amarillas, sin perfume ni belleza." "Como el lirio entre las espinas, así es mi compañera..." "Mi amado habló y me dijo: Levántate ¡oh, amor mío! y vente porque ha pasado el invierno, la lluvia se ha mudado y se fué; las flores se han mostrado en la tierra, el tiempo de la canción es venido y voz de tórtola se ha oído en nuestra región... Mi amado es mío y yo suya: él apacienta entre lirios... Sé semejante al gamo ó al cabrito de los ciervos sobre los montes de Beter..." Ya habréis conocido los cantares de Salomón.

Ahora yo no podré negar que hay una estrecha correspondencia entre el hombre y la palabra. El hombre ruín tiene palabras falsas: en sus labios ellas pierden su virtud, agonizan, desfallecen en su valor. Mas el que es bondadoso de corazón y noble de espíritu, ennoblece hasta las más humildes y en sus labios adquieren una transfiguración y se hacen como princesas. La sofistería y la charlatanería son igualmente abominables porque tienen de origen la insinceridad, que es una de las formas de la maldad. Pero no hay que alarmarse por esto. Un niño las conocería. Un corazón puro no podrá nunca contaminarse ni con la una ni con la segunda. Para ellas el anatema de Hamleto.

No sé si habréis pensado alguna vez en la paciente labor del artífice. Os admiráis de la obra que se os presenta tan llena de gracia y de atractivo. Más en verdad yo digo que son muy pocos los que piensan en que la obra de arte no vino al mundo sino con dolor como todo hijo de madre. Nada hay más laborioso que hilvanar el collar de perlas de las bellas palabras sugerentes, resplandecientes y armoniosas y perfumadas; que no sólo color tienen las palabras sino también perfume como las flores, pues que son las divinas flores con que se muestra la fuerza vital de los jugos que nutren el pensamiento. Se puede imaginar el es-

fuerzo de la estrofa que recitó el poeta, delante de dos damas, una de las cuales es tan bonita y sensible como la muñeca rosada y que al oírla declamar no despertaba á la insistente evocación, mientras á su compañera las lágrimas le enturbiaban los ojos y le henchía el seno la emoción pura. ¡Oh! magnífico dominador y evocador que puedes reanimar para mí el pasado muerto, las delicias perdidas, los placeres fugaces, añoranzas y melancolías dulces que fueron, que como con la varillita de virtud del hada benigna me das hasta el sabor del último beso de mi novia muerta en un paisaje de primavera, ¡oh, poeta! rey mago que tienes el lucero del alba en la frente, seas por siempre tres veces bendito! Yo también conozco tu dolor en tu obra maravillosa.

¡Qué cosa más difícil que reproducir con las bellas palabras, siquiera pálidamente, los hermosos paisajes y las emociones íntimas por ellos despertadas en nosotros! Y no obstante, existen las palabras representativas de los unos y de las otras. Yo he sentido rudamente la impotencia y su dolor hasta la exacerbación. Fué frente á frente de la catarata del Laja. Desde un montículo cercano, bajo un radiante sol benévolo, divisaba el río ancho, con su leve movimiento de espejuelos de plata y oro que corrían y saltaban, trepando unos sobre otros como con la vehemencia acariciadora de llegar los primeros adelante, pero sin saber á dónde, hasta juntarse todos, hechos una extendida é inmensa sábana de aguas veloces y temerosas, pero de correr incontenible hasta el filo mismo de las rompientes y desbordarse en seguida, con un ímpetu iracundo, salvaje, con un ruido atronador como de millares de estampidos de cañón que no cesarán jamás de asordar bajo el enorme cortinón blanco de espuma en que se cubre, al despeñarse, el río entero. Yo miraba los otros dos saltos, uno á la izquierda y otro á la derecha, el abismo insondable á que se precipitaban como en seguimiento de la catarata despeñada. Mi sensación de grandeza, mi convencimiento de vibrar en mi interior al unísono de aquella magnificencia, me infundieron el valor de exteriorizar en palabras, en las más radiantes, imaginíficas palabras mis emociones. ¡Vano empeño! Y, sin embargo, yo comprendía el ritmo tonante del estruendo y dentro de eso gigantesco notaba el diapasón distinto, diverso, del tumulto; yo entendía, después, el isócrono compás con que el agua glugluteaba roncamente al correr por los anchos canales que se tendían viboreando al pie del abismo y á ambos lados de la resquebrajada llanura de piedra. Me decían sus recónditas

palabras el río arriba que venía á precipitarse con la inocencia de su encanto cristalino, el tibio sol que parecía reír complacido de esta alegría fatal de las aguas, la verde arborescencia de los campos, el viento apacible que desplegaba sus cien pares de alas, el canto perdido é intermitente de los pájaros en los álamos y membrillares vecinos, el zumbido oculto del insecto, el enamorado vuelo de dos mariposas que se seguían en un jiro de danza, el cielo azul, el rústico perfume, mi propio corazón con sus latidos ritmados en consonancia con todos los latidos de todas las vidas que me circundaban... Y mi palabra, mis grandes palabras que me eran menester para sacarlas á las blancas praderas, no me fueron propicias. Las sentía bullir dentro de mí atormentadamente, y mi desesperación fué aún más grande que toda aquella imponente belleza de la catarata...

Si todas las cosas de la Naturaleza nos hablan, en su vario lenguaje, con sus propias palabras, es necesario interpretar lo más fielmente que se pueda esta varia lengua de las cosas. Por esto yo creo que el poeta debe poseer una instrumentación poética á semejanza de la instrumentación de la Naturaleza.

Las palabras deben ser colocadas en el orden natural de sus ritmos y de su animación, de tal manera que correspondan á los estados anímicos interiores y exteriores. De aquí á la transformación de la Métrica actual no hay más que un paso. Hasta ahora hemos estado como niños que juegan en su casillero sin salirse de él ni una línea. Así, si se quiere cantar al céfiro que resbala sobre una rosa y suspira para ir, en seguida, á cuchichear retozón en el follaje del arrayán, hay que elegir aquellas palabras y aquel ritmo que me produzcan no sólo la emoción sino la sensación de la suavidad rosada, en el primer caso, y, luego, para el segundo, concordar aquellas palabras y ritmos diferentes que me conmuevan con la picardía graciosa y musical del aura.

Ciertamente que esto lo conseguirá el que logre penetrar en el *Reino Misterioso de las Palabras*, el que no ha llegado, pero que llegará, no se sabe de cual de los treinta y dos vientos de la Rosa de los Vientos. El que llegará en su blanco corcel que le obsequiará la Aurora Rosada, será el lírico Emperador, su lira estará empenachada de fuego y al pulsarla y arrancarle sus armonías que irán acompañadas con sus cantos, se estremecerá de gozo toda la tierra, y aletearán en la lengua de la lira el alma de la flor y de la estrella, el alma del navón real y del diamante blanco.

ANTONIO BORQUEZ SOLAR.

LIBROS NUEVOS

Alivio de Caminantes.—El novelista de "El amor de los amores", el escritor insigne, el prodigioso estilista, acaba de publicar un nuevo libro que seguramente producirá honda sensación entre el mundo culto amante de las letras españolas. Esta vez Ricardo León se muestra tan admirable poeta lírico, como antes prosista y en "Alivio de caminantes" ofrece á los lectores el regalo de sus versos compuestos con la sinceridad de su espíritu y rimados con toda la nobleza y la arrogancia de su inspiración poderosa.

No sólo es "Alivio de caminantes" un libro de intimidad, es también y muy principalmente obra de combate, puesto que en muchas de sus poesías esgrime la sátira flagelando las carnes de los mercaderes que entran en el templo del arte con vilipendio de sus verdaderos sacerdotes.

Poseída, novela por Rafael López de Haro.—Por regla general, las mujeres de las novelas psicológicas y "feministas" ó "de feminismo", son mujeres excepcionales. Ningún escritor, hasta ahora ha estudiado el alma "vulgar" y "regular" de la mujer. Este es el mérito indiscutible y principal del nuevo libro de López de Haro. ¿Queréis saber á fondo cómo es, cómo piensa, cómo siente, cómo "vive", cómo cree y cómo "ama" una mujer libre? Leed "Poseída", espejo y definición de ellas es este libro admirable.

Como novela, la mejor de López de Haro y una de las mejores contemporáneas es "Poseída". Se trata de un libro definitivo, producto de aquella madurez y de aquella serenidad de juicio que era de esperar en el autor de "Sirena" y de "Dominadoras". Hé aquí su obra maestra, suprema en interés, asombrosa de verdad, excepcional en agudezas y atrevimientos narrativos, sin que por eso tenga ni una página reprochable. Habilidad y dominio

del idioma y de la técnica que sólo es dado conseguir á los que llegan á la difícil posesión del verdadero y puro arte.

"Poseída" marca una nueva orientación de novela arquetipo. Si su autor sigue acertando de este modo, tiene asegurada la celebridad ya conseguida.

Strauss y su Tiempo, por Edmundo González Blanco.—La "Biblioteca Renacimiento", en su afán de fomentar el culto á las letras, á las artes y á la filosofía, ha publicado este libro del erudito polígrafo Edmundo González Blanco, en el cual no se sabe qué admirar más, si la amenidad con que se trata una ardua teoría filosófica ó la ciencia con que está documentado el extracto de la obra del insigne filósofo alemán.

A medida que se va complicando la vida de las gentes, va haciéndose necesaria una recopilación de todo el saber humano, de tal modo, que cuantos deseen estar al corriente de la obra de uno de estos productores de metafísica ó de literatura, sin tener necesidad de dedicar largas horas á su exclusivo estudio, pueden darse cuenta en primer lugar de su sistema ó teoría, y en segundo, de los puntos en que culmina la labor de toda su vida. Este es el problema transcendental que intenta realizar la "Biblioteca Renacimiento", y cuyo propósito comienza á cumplir con la publicación de "Strauss y su tiempo". Ello es que en 300 páginas, el lector puede conocer á fondo la arquitectura mental de este hombre admirable que atacó con brío los fundamentos históricos del cristianismo positivo; puede estudiar, en documento extracto, los miles de páginas que escribió en su vida; puede conocer la teoría filosófica á que obedecen sus ideas; en una palabra, puede tener una cabal noción de lo que era Strauss, de su valor en el mundo científico sin grandes pérdidas de tiempo ni meditación, y con un cuantioso ahorro de fuerza intelectual.

UN SER NO COMPRENDIDO

(CONCLUSION)

—Sóis tan sensible, como el nervio que el escalpelo del cirujano ha dejado descubierto, le dijo. El mal está hecho vos podéis aumentar ó disminuir las consecuencias, mientras menos importancia le déis, tendrá menos á los ojos del mundo.

Diciendo estas palabras el consejero de finanzas, recobró la conciencia de su rango y se despidió de Andrés con la seriedad que acostumbraba.

Andrés quedó abatido. M. Seydelmann tenía razón, sí, el mal estaba hecho! ¿Quién podrá detener una calumnia cuando ella ofrece un amplio y picante sujeto de conversación?

¡Calma, energía! Sí, era lo que él necesitaba, pero, ¿cómo llegar á tener tranquilidad de espíritu, imperio sobre sí mismo, y alguna energía en ese caos de pensamientos que habían trastornado su alma?

"Haréis bien en sacar de ahí ese retrato!" le había dicho el consejero, y tenía razón. Con mano temblorosa lo descolgó y contempló las facciones tan llenas de nobleza y simpatía. Su vista lo sumió en un dulce ensueño. Como otras veces, olvidó sus angustias y todo lo que le rodeaba. Pero de repente se estremeció, oyendo pasos que se acercaban á su puerta. ¡Gran Dios, si alguien viniera y lo encontraran así, con el retrato de la condesa en la mano!

Se pone á escuchar, reteniendo la respiración; nadie golpea. El ruido de los pasos se apagó, estaba salvado!

Pero el temor de una nueva sorpresa ha tomado raíces en su cerebro agitado! Ya no se siente seguro en su casa, en su pequeño cuartito, desde que la maldad y la calumnia, se han emboscado al rededor de su morada.

En seguida tomando con las dos manos el frágil marco el cual encerraba la fotografía, lo rompió; el vidrio que lo cubría le cortó los dedos; y atizando el fuego echó en él los fragmentos del marco y el retrato tan querido!

Dieron las doce; después las dos. La luz de la lámpara palideció, se debilitó y se apagó. Siempre presa del insomnio, el desgraciado continuó paseándose por el cuarto, dominado por un sentimiento contra el cual no podía luchar; no encenderá jamás esta lámpara; nunca, jamás volverá á alumbrar su tranquilo trabajo.

Después de levantarse, Andrés se dirigió á su oficina.

El consejero de finanzas no estaba solo, á su lado había sentado un hombre muy distinguido de modales afables y de aspecto simpático.

—Hé aquí al señor Muth, Excelencia, dijo el señor Seydelmann, designando con un gesto al recién llegado, mientras que el secretario, murmuraba al oído de Andrés:

—Es su Excelencia, el conde de Auwald.

Andrés que permanecía con los ojos bajos, se estremeció oyendo ese nombre: ¡pero cuántos acontecimientos surgen á su alrededor! Esto excede á sus fuerzas!

El ministro se levanta, una sonrisa compasiva asoma á sus labios, sonrisa que se cambia en infinita tristeza, á medida que mira con mayor atención al pobre mártir, á quien dirige la palabra.

—Acaban de informarme, señor Muth, de la importancia exagerada que habéis atribuido á las absurdas bromas de uno de nuestros periodistas. ¿Cómo semejantes mentiras, pueden turbar ni por una hora el alma de un hombre de honor como vos?

De la misma manera que el soplo de la primavera hace revivir la savia de los árboles adormecida por el invierno, así el sonido de esta voz cariñosa, provocó en el alma del poeta una deliciosa emoción, que nunca había sentido. Levantó los ojos hacia su interlocutor y lo escuchó atentamente.

—Las personas justas y sensatas, continuó éste, no seremos menos estimadas porque hemos sido atacadas por la malevolencia; y los otros... Y bien, nos quedarán agradecidos de haberles procurado la alegría que aprecian más. La alegría más vil y más malsana, aquella de alegrarse de la desgracia de otros!

Una sola persona habría podido sentirse ofendida por esta premeditada ofensa; ella no le atribuye la menor importancia; no cree que la reputación sin tacha de una mujer, pueda ser manchada por un escritor, que no tiene una reputación de honorabilidad.

Las miradas de Andrés no se desviaban de los labios del conde, como si cada palabra que saliera de su boca le diera la libertad. Emocionado por las trastornadas facciones del poeta, el ministro le tomó la mano, y prosiguió:

—Levantad la cabeza, señor Muth, la calumnia que no ha podido sembrar ningún disgusto entre los dos, no debe abatirlos. Habéis sufrido á causa mía, yo os debo ayudaros á reanimaros! Jamás vuestro drama hubiera sido tan severamente juzgado, si hubieran sabido que yo no era el autor; permitidme pues reparar con la medida de mis fuerzas la desgracia que os he causado! El señor consejero de finanzas podrá deciros de qué manera espero poder hacerlo. Aceptad la propuesta que él os hará en mi nombre.

Las palabras benévolas y viriles del conde, produjeron en el alma de Andrés el efecto de un rocío bienhechor.

El ministro se alejó. M. Seydelmann lo acompañó hasta la puerta, luego volvió donde Andrés y le hizo conocer los proyectos del conde, respecto á él.

Había venido á pedir informes sobre el empleado, cuyo nombre había sido colocado al lado de el de su mujer, en un artículo; habiendo sabido que este empleado era el autor de "Marco Aurelio", se había expresado bien sobre el drama y había asegurado que sus más vivos deseos, era de poder ayudar á este poeta y procurarle los medios de dejar un empleo que no podía convenir á sus aptitudes. Por consiguiente le ofreció el empleo de bibliotecario en uno de sus castillos de Styria; allí podría arreglar su existencia á su antojo, abandonarse á sus ocupaciones favoritas y según sus deseos, visitar á los vecinos de los castillos de los alrededores, ó bien vivir solitario en este hermoso país montañoso.

FIN



Como se obtiene un hermoso Pecho

¿Quiere Ud poseer un busto de formas opulentas y ufanas, un seno firme y lleno sin exceso, y una graciosa lozanía? Tome Ud las PILULES ORIENTALES. En algunas semanas su busto se desarrollará y se pondrá firme desaparecerán las sobresalidas osudas, los huecos se colmarán, y su busto no tendrá ya nada que envidiar al de sus amigas más favorecidas por la Naturaleza.

He aquí lo que escribe la señora Emilia R. de Roubaix:

"Muy señor mío: Acabo de hacer uso de las PILULES ORIENTALES para la reconstitución del busto y debo expresarle mi gozo tan grande, pues que ya tengo el busto perfecto que yo deseaba. Está sorprendente y sin embargo está exacto."

Y la señorita María F. Plaza del Archevêché á Tours:

"Hasta hoy tengo razón para declararme muy satisfecha por el excelente resultado producido por las PILULES ORIENTALES y tengo gusto en darle mis gracias y atestiguarle mi admiración profunda por un producto tan maravilloso."

Las PILULES ORIENTALES son siempre bienhechoras para la salud y son eficaces para las muchachas cuyo desarrollo está retrasado como para la mujer cuyo busto carece de volumen ó de firmeza. La cura es fácil al ser seguida, en secreto produce un resultado durable en cerca de dos meses solamente.

Un frasco con instrucciones á Paris 6 fr. 35.—De venta: J. Ratié, Pharmacien 5 Passage Verdeau, Paris.—En Santiago: Max Mengin y Cía. En Valparaíso: Daube y Cía. y en todas las buenas Farmacias y Droguerías. Exigir sobre las cajitas el sello francés de la "Union des Fabricants".



WEIR & Co.

Provisiones para Familias, Téas, Licores,
Conservas, Cristales, Lozas, Etc., Etc.

DIECIOCHO esq. DELICIAS

Especial atención á los pedidos para el Campo

Teléfono núm. 1800, Casilla número 2332

SANTIAGO

FAMILIA

REVISTA MENSUAL

Modas, Labores de Mano, Modelos de Muebles, Casas, Cocina, Consejos para el hogar, Cuentos, Novelas, Música y cuanto pueda desear una buena dueña de casa.

Unica en su género en Sud-América

SE PUBLICA EL TERCER DOMINGO DE CADA ME

Material ameno é instructivo

Precio: UN PESO

Subscripción anual: DIEZ PESOS

Debido á la excelente acogida que le ha dispensado la sociedad en general, cada vez aparece más interesante y nutrida de material que va llenando cumplidamente las expectativas de sus lectores, para cuyo fin la Empresa editora no omite sacrificios de ningún género.

"FAMILIA", puede decirse, suple con ventajas la falta de publicaciones extranjeras de su clase, las que por su alto precio y limitada circulación en el país no están siempre al alcance de tantas personas que necesitan una revista de modas. - Hay colecciones completas desde el primer número.

Dirección y Administración: CALLE TEATINOS, 666

VINOLIA

Jabones y Perfumes.



Las personas cuidadosas de su cutis usan el jabón VINOLIA con absoluta confianza pues saben que es el mas conveniente para una tez delicada.

REUMATISMO, GOTA, MAL DE PIEDRA

CURADOS POR LAS

Sales de Litina

EFERVESCENTE

LE PERDRIEL

Superior á todos
los demas disol-
ventes del Acido
úrico :: :: :: ::



DE VENTA EN LAS PRINCIPALES
FARMACIAS Y DROGUERIAS



L. LEGRAND
Parfumeur
Paris



Pedir las últimas novedades
de
Perfumería Oriza:

Esencias Age d'Or

Eventail

Relique d'Amour, etc

Ensayarlas es adoptarlas

De venta en las principales Boti-
cas y Perfumerías

Señoritas que han obtenido el mayor número de votos

PROVINCIA DE TACNA Tacna: Laura Cisternas Arica: Elena Nieto	PROVINCIA DE ARAUCO Lebu: Emma Hanne Cañete: Zenobia Godoy
PROVINCIA DE TARAPACA Iquique: Amy Mayne Nichols	PROVINCIA DE BIO-BIO Los Angeles: Fresia Contreras Mulchén: Blanca Estefa Ibieta
PROVINCIA DE ANTOFAGASTA Antofagasta: Sara Bustamante Tocopilla: Sara Gutiérrez Taltal: Ada Lois	PROVINCIA DE MALLECO Angol: Rosa Kind Victoria: Emilia Muñoz G.
PROVINCIA DE ATACAMA Copiapó: Marta Briceño	PROVINCIA DE CAUTIN Temuco: Cristina Marín Nueva Imperial: Berta Gutiérrez Lautaro: María del Solar
PROVINCIA DE COQUIMBO La Serena: Marta Munizaga Coquimbo: Paquita Suárez Ovalle: Matilde Varela	PROVINCIA DE VALDIVIA Valdivia: Rosario Guarda La Unión: Emma Grob W.
PROVINCIA DE VALPARAISO Valparaíso: Raquel Merino Vicuña " Raquel Luco C. " Emma Bobillier Quillota: Rosa Grez S. Viña del Mar: Florencia Zegers B.	PROVINCIA DE LLANQUIHUE Puerto Montt: Margarita Moreno Osorno Hanny Franke Calbuco: Isabel Mayorga
PROVINCIA DE ACONCAGUA San Felipe: Rcsa Soza C.	PROVINCIA DE CHILOE Ancud: Isabel Bahamonde
PROVINCIA DE SANTIAGO Santiago: Sara Besa Montt " María Cordero Vivanco " Josefina Vial Freire	PROVINCIA DE MAGALLANES Punta Arenas: Antonieta Blanchard
PROVINCIA DE O'HIGGINS Rancagua: Zunilda Lemaitre	
PROVINCIA DE COLCHAGUA San Fernando: Sylvia Salvatierra	
PROVINCIA DE CURICO Curicó: Graciela Correa	
PROVINCIA DE TALCA Talca: María Larraín Molina: Elena Silva S.	
PROVINCIA DE LINARES San Javier: Blanca de la Cerda E. Linares: Aída Max Carte	
PROVINCIA DE MAULE Cauquenes: Blanca Pinochet Constitución: Ester Alborno	
PROVINCIA DE ÑUBLE Chillán: Esther Martín A. San Carlos: Ofelia Caro R.	
PROVINCIA DE CONCEPCION Concepción: Domitila Urrutia Tancahuano: Viola Guzmán Florida: J. Amelie Mourgues	

SUMARIO

	Páginas		Páginas
TEXTO		La India y la coronación imperial de los reyes de Inglaterra	381
Hechos y notas, Luis Orrego Luco	356	El Teatro Nacional	385
La Sementera, E. de la Barra Orella	358	GRABADOS	
La rosa encarnada, P. de V.	360	Durante el descanso, Francisco Masriera	359
Los salones de París, los artistas chilenos en el Salón Oficial, B. Vicuña Subercaseaux	365	El hogar, T. B. Kennington	360
Einar Jonsson, el genial escultor de Islandia	373	Concurso de Bellezas, reproducción de los primeros retratos enviados	361
Soledad, Carlos González Peña	376	Un viernes en el salón de los artistas franceses....	365
Mi viejo amigo..., Marcel Prevost	379		

Nuestro Concurso de Bellezas



Fotografía del collar de perlas, obsequio de los señores fabricantes de la HARINA LACTEADA NESTLE, que será adjudicado como único premio á la señorita que obtenga la primera mayoría en la votación final del concurso.

Toda correspondencia referente á nuestro Concurso de Bellezas debe rotularse al DIRECTOR ARTISTICO DE "SELECTA". EMPRESA "ZIG-ZAG, SANTIAGO.

Enero 1.º de 192.